

**Jack London**

**GENTE DEL**

**ABISMO**

## PREFACIO

Lo que relato en este volumen me sucedió en el verano de 1902. Descendí al submundo londinense con una actitud mental semejante a la de un explorador. Estaba predispuesto a dejarme convencer por mis propios ojos más que por las enseñanzas de aquellos que nada habían visto, o por las palabras de los que fueron y vieron antes que yo. Es más, adopté un criterio sencillo para medir la vida de aquel submundo. Aquello que estuviera por la vida, por la salud física y espiritual, era bueno; lo que estuviese en contra, hiriera, disminuyera o pervirtiera la vida, era malo.

El lector comprenderá enseguida que mucho de lo que vi era malo. Sin embargo, no debe olvidarse que la época sobre la que escribo era considerada en Inglaterra como de «buenos tiempos». El hambre y la falta de techo que encontré constituían una situación de miseria crónica que no se superaba ni siquiera en los períodos de mayor prosperidad.

Un duro invierno siguió a aquel verano. Los parados, en gran número, organizaban manifestaciones, a veces hasta doce al mismo tiempo, y marchaban por las calles de Londres pidiendo pan. Mr. Justin McCarthy, en su artículo en *The Independent* de Nueva York, en enero de 1903, resume la situación así:

«Los albergues ya no disponen de espacio donde amontonar a las multitudes hambrientas que durante el día y la noche llaman a sus puertas pidiendo alimento y cobijo. Todas las instituciones caritativas han agotado su capacidad de conseguir alimentos para los hambrientos que llegan desde los sótanos y buhardillas, de las callejuelas y callejones de Londres. Los locales del Ejército de Salvación en varios lugares de Londres se ven asediados todas las noches por hordas de parados hambrientos a los que no se puede proporcionar sustento ni albergue.»

Se ha insistido en que mi crítica de cómo son las cosas en Inglaterra es demasiado pesimista. Debo decir, de nuevo, que soy el más optimista de los optimistas. Pero contemplo a los hombres más como individuos que como agregados políticos. La sociedad crece, mientras que las maquinarias políticas se caen a trozos y se convierten en cascotes. Por lo que se refiere a los hombres y a las mujeres, a su salud y felicidad, veo para los ingleses un futuro ancho y sonriente. Pero para gran parte de la maquinaria política, que tan mal funciona, no veo más que un montón de cascotes.

JACK LONDON  
*Piedmont, California*

CAPÍTULO I  
EL DESCENSO

*Cristo nos está mirando en esta ciudad,  
y mantiene nuestra compasión y piedad vivas,  
mientras miramos al cielo,  
para que no crezca nuestro descontento.*

THOMAS ASHE

—Pero no puedes hacerlo, sabes —me decían los amigos a quienes había pedido ayuda para sumergirme en el East End de Londres.

—Sería mejor que pidieras consejo a la policía —añadían, después de pensarlo y de esforzarse en adaptarse al proceso psicológico de un loco que había llegado hasta ellos con mejores credenciales que cerebro.

—Pero yo no quiero ir a la policía —protesté—. Lo que deseo es descender al East End y ver las cosas por mí mismo. Pretendo averiguar cómo viven esas gentes, por qué viven allí, y para qué viven. En resumen, voy a vivir allí.

—¡Tú no quieres vivir allí! —decían todos con gestos desaprobatorios—. ¡Dicen que hay lugares donde la vida de un hombre no vale ni dos peniques!

—Esos son exactamente los lugares que quiero ver —insistí.

—Pero no puedes —era la consabida respuesta.

—No he venido a veros para eso —dije secamente, un poco irritado por su incompreensión—. Soy forastero y quiero que me contéis lo que sepáis del East End para saber por dónde empezar.

—No sabemos nada del East End. Simplemente está por ahí, en alguna parte —y hacían un gesto vago con la mano en dirección hacia donde en raras ocasiones se veía ascender el sol.

—Entonces, iré a Cook's —anuncié.

—Oh, sí —contestaron aliviados—. Seguro que Cook's lo sabe.

Pero Cook, Thomas Cook & Son, conocedores de todos los caminos y sendas, establecidos en todas las encrucijadas del mundo y capaces de proporcionar ayuda a los viajeros extraviados, podían, sin vacilar y rápidamente, enviarme al África más negra o al remoto Tibet, ¡pero no tenían ni idea de cómo ir al East End londinense, que estaba a poco más de un tiro de piedra de Ludgate Circus!

—No puede hacerlo —dijo el emperador de rutas y tarifas de Cook's en su oficina de Cheapside—. Es... ejem... tan inusual. Hable con la policía —concluyó autoritariamente ante mi insistencia—. No tenemos por costumbre llevar viajeros al East End; nadie nos pide ir allí, y no sabemos nada en absoluto de ese lugar.

—No se preocupe por eso —le interrumpí para evitar que su río de negativas me echase de la oficina—. Hay algo que pueden hacer por mí. Quiero que comprenda de antemano lo que intento hacer para que si hay algún problema pueda usted identificarme.

—Ah, ya veo. Si lo asesinaran estaríamos en situación de poder identificar su cadáver.

Lo dijo con tanto cariño y sangre fría que al instante contemplé mi cadáver, tieso y mutilado, yaciendo en una losa sobre la que goteaba sin cesar el agua fría, y a él, entristecido y paciente, identificando el cuerpo de aquel americano loco que *quiso* ver el East End.

—No, no —contesté—. Simplemente para identificarme por si tengo algún roce con los *bobbies* —dije esto último lleno de satisfacción; me estaba habituando al habla local.

—Este es un tema que le corresponde a la Oficina Principal —dijo—. ¿Sabe?, no hay precedentes —agregó a modo de disculpa.

El hombre de la Oficina principal carraspeó y masculló.

—Tenemos por norma —explicó— no dar información sobre nuestros clientes.

—Pero en este caso —insistí— es el cliente el que les pide que den esa información.

Carraspeó de nuevo y masculló.

—Claro —me apresuré a decir—, sé que no hay precedentes, sin embargo...

—Como estaba a punto de indicarle —continuó imperturbable—, no existen precedentes, de modo que no podemos hacer nada por ayudarle.

De todas formas conseguí la dirección de un detective que vivía en el East End, y me dirigí al despacho del cónsul norteamericano. Allí encontré a un hombre con el que podía «hacer negocios». No hubo carraspeos ni masculló nada, ni alzó las cejas, ni mostró desconcierto o asombro. En un minuto le expliqué mi propósito y mi proyecto, que él aceptó con naturalidad. En el minuto siguiente me preguntó mi edad, estatura y peso. Y a los tres minutos, mientras nos despedíamos, dijo:

—Está bien, Jack. Me acordaré de ti y te seguiré la pista. Respiré con alivio. Después de quemar mi nave ya era libre para sumergirme en aquella selva humana de la que nadie parecía saber nada en absoluto. Pero en seguida topé con una nueva dificultad en la persona de mi cochero, un individuo imperturbable de patillas grises que me había conducido a través de la City durante horas.

—Lléveme al East End —le ordené mientras me sentaba.

—¿Dónde, señor? —preguntó sorprendido.

—Al East End, a cualquier sitio. Vamos.

El vehículo circuló sin rumbo durante varios minutos, luego se detuvo bruscamente. La abertura que estaba sobre mi cabeza no había sido cerrada, y el cochero, perplejo, me miró por ella.

—Eh —me dijo—, ¿a qué lugar quiere ir?

—Al East End —repetí—. A ningún sitio en particular. Sólo lléveme allí, a cualquier parte.

—¿Pero a cuál dirección, señor?

—¡Escúcheme de una vez! —troné—. ¡Lléveme al East End ahora mismo!

Era evidente que no entendía nada, pero escondió la cabeza y refunfuñando hizo trotar al caballo.

En ningún lugar de Londres se puede evitar ver la pobreza más abyecta, y a tan sólo cinco minutos de cualquier punto es fácil encontrar un suburbio marginal; pero la zona donde ahora penetraba mi coche era un barrio en el que la miseria parecía inacabable. Las calles estaban pobladas por una raza diferente, nueva para mí, de baja estatura y aspecto vil y alcoholizado. Durante varias millas no vimos otra cosa que ladrillos y mugre, y en cada cruce no había otro panorama que ladrillos y miseria. Aquí y allá se tambaleaba un hombre o una mujer en plena borrachera, y el aire resultaba obsceno por el sonido de peleas y disputas. En el mercado, viejos y viejas temblorosos revolvían los desperdicios arrojados al fango buscando patatas,

alubias y verduras podridas, mientras los chiquillos se apiñaban como moscas alrededor de una masa de fruta corrompida, hundiendo sus brazos en una pasta pútrida para extraer pedazos que devoraban al instante.

En todo el trayecto no vi un solo vehículo, y el mío parecía una aparición llegada de un mundo distinto y mejor, a juzgar por la manera en que los chiquillos corrían detrás y a ambos lados. Por todas partes veía paredes de ladrillo, pavimentos viscosos y calles repletas de gritos; por primera vez en mi vida tuve miedo a la multitud. Era como el miedo al mar; las gentes miserables, una calle tras otra, eran como las olas de un océano, inmenso y maloliente, que me envolvía y amenazaba hundirme en él.

—Stepney, señor; la estación de Stepney —dijo el cochero.

Miré alrededor. Desde luego era una estación de ferrocarril; el cochero me había llevado hasta allí porque era el único lugar de aquella selva del que había oído hablar.

Farfulló unas palabras ininteligibles, meneó la cabeza y adoptó una expresión triste.

—Aquí soy un extraño —pudo articular—. Y si no es la estación de Stepney lo que busca, que me ahorquen si sé lo que quiere.

—Le diré lo que quiero. Siga adelante y busque una tienda donde vendan ropa vieja. Cuando la encuentre no se detenga hasta que haya doblado la siguiente esquina, entonces pare y déjeme bajar.

Me di cuenta de que no estaba muy seguro de poder cobrar el viaje, pero poco después se arrimó a la acera y me aseguró que había visto la tienda de un ropavejero un poco más atrás.

—¿Me paga? —suplicó—. Me debe siete con seis.

—Sí —reí—, pero esta es la última vez que le veo.

—Seguro que sí, señor, pero yo seré lo último que verá si no me paga —replicó.

Un grupo de mirones harapientos se había arremolinado alrededor del coche; riendo de nuevo caminé hasta la tienda del ropavejero.

Lo más difícil fue hacerle comprender al tendero que de verdad quería comprar ropas viejas. Pero después de ofrecerme inútilmente chaquetas y pantalones nuevos una y otra vez, empezó a sacar montones de ropa vieja, adoptando un aire misterioso y haciendo insinuaciones ambiguas. Se comportaba así con la intención obvia de hacerme saber que me había calado y forzarme así, por temor a ser descubierto, a pagar un alto precio por lo que comprara. Me había tomado por alguien con problemas, o por un criminal de buena familia procedente del otro lado del río; en cualquier caso, una persona ansiosa por evitar a la policía.

Discutí con él sobre la desmedida diferencia entre precio y calidad hasta que conseguí que desistiera de su propósito, tras enzarzarse en un duro regateo con un duro comprador. Al final elegí unos pantalones resistentes y muy usados, una chaqueta desgastada a la que sólo le quedaba un botón, un par de botas que sin duda procedían de una carbonera, un estrecho cinturón de cuero y una gorra muy sucia.

Conservé mi ropa interior y los calcetines, que eran nuevos y de abrigo, pero de una clase que cualquier granuja norteamericano que pasara por un mal momento podía adquirir le fueran como le fueran las cosas en ese momento.

—Admito que la sabe muy larga —me dijo con falsa admiración, mientras le entregaba los diez chelines en que finalmente quedamos—. Que me ahorquen si no se ha paseado usted por Petticoat Lane antes de ahora. Cualquier tío listo pagaría cinco pavos por los calzones y un descargador me daría dos con seis por las botas, sin contar todo lo demás que se ha llevado.

—¿Qué me daría usted por todo? —pregunté de repente—. Le he pagado diez pavos, y se lo vuelvo a vender por ocho. ¿Qué le parece?

Sonrió y negó con la cabeza, y aunque yo había conseguido una ganga, tuve la convicción de que él lo había hecho mejor.

Encontré al cochero y a un policía hablando con las cabezas pegadas, pero éste, después de dirigirme una mirada escrutadora, sobre todo al paquete que llevaba bajo el brazo, dio media vuelta y lo abandonó con sus quejas. El cochero no se movió hasta que le hube pagado los siete chelines y seis peniques que le debía, pero después se mostró dispuesto a llevarme hasta el fin del mundo, pidiendo disculpas por su insistencia y explicando que en Londres uno se tropezaba con clientes muy raros.

Pero sólo me llevó hasta Highbury Vale, en el norte de Londres, donde me aguardaba mi equipaje. Al día siguiente me quité los zapatos (no sin pena, pues eran extremadamente ligeros y cómodos), mi suave traje gris que usaba para viajar, aunque, de hecho, era toda la ropa que tenía, y me vestí con la de otros hombres inimaginables, seres que debieron ser muy desgraciados si tuvieron que desprenderse de aquellos harapos a cambio de las ínfimas sumas que les habría dado el ropavejero.

Cosí en el sobaco de la camiseta un soberano de oro (una suma modesta, por si se producía una emergencia) y me la puse. Entonces me senté y reflexioné moralizando sobre los años de diversión y despilfarro que dejaron mi piel reseca y mis nervios a flor de piel; la camiseta era áspera, y ni siquiera el más asceta de los ascetas debió haber sufrido tanto como yo lo hice en las veinticuatro horas que siguieron.

Me puse sin dificultad el resto de mi vestimenta, salvo las botas, que resultaron un problema. Tuestas y duras como si fueran de madera, sólo pude meter mis pies en ellas después de haber estado un buen rato ablandándolas con mis puños. Entonces, con unos cuantos chelines, un cuchillo, un pañuelo y unos cuantos papeles y picadura de tabaco en los bolsillos, bajé las escaleras y me despedí de mis amigos. Al cruzar la puerta, la portera, una mujer de mediana edad, no pudo contener una mueca que, lejos de corresponder a un espontáneo signo de simpatía, torció y separó sus labios hasta que su garganta emitió esos groseros sonidos animales que llamamos risa.

Nada más pisar la calle me impresionó el cambio de actitud que provocaba mi nuevo vestuario. Entre la gente corriente con la que entré en contacto había desaparecido cualquier signo de mostrarse servicial. En un abrir y cerrar de ojos, por así decirlo, me había convertido en uno de ellos. Mi vieja chaqueta de codos gastados proclamaba mi clase social, que era la de ellos. Me había convertido en uno de ellos, y si hasta entonces había recibido adulación y respeto, ahora era un camarada. El hombre vestido de pana y con un sucio pañuelo al cuello ya no me trataba de "señor" o "jefe". Ahora era un "compañero", una palabra hermosa y cálida, dotada de un atractivo especial y que denotaba un afecto y simpatía que no ofrecían los otros términos. ¡Jefe! Suena a dominio, a poder, a autoridad —el tributo del hombre que está debajo del hombre que está en la cima, dicha con la esperanza de que éste se ablandará y aligerará su peso, lo que en el fondo constituye una manera distinta de apelar a su caridad.

Esto me lleva a las satisfacciones que experimenté gracias a mis harapos y que le son negadas al americano medio en el extranjero. Quien viaja por Europa procedente de Estados Unidos y no es un Creso, enseguida ve su conciencia reducida a un estado sórdido gracias a las hordas de ladrones adúladores que le siguen los pasos del alba al anochecer y que vacían su cartera de tal modo que el son rojo crece como el interés compuesto.

Con mis harapos y andrajos escapé de la pestilencia de las propinas, y me encontré con los otros hombres sobre una base de igualdad. Aún no había acabado el día, que la situación ya se había invertido, y humildemente le dije "Gracias, señor" a un caballero al que sujeté el caballo y que dejó caer un penique en mi mano ansiosa.

Descubrí que, gracias a mi nuevo atuendo, se habían producido otros cambios en mi condición. Advertí que si cruzaba calles muy transitadas tenía que estar más atento de lo normal para esquivar los vehículos, y se me quedó grabado que el valor de mi vida había disminuido en relación directa con el de mis ropas. Antes, si preguntaba una dirección a un policía, éste decía: "¿En autobús o en coche, señor?" Pero ahora contestaba: "¿A pie o a caballo?" Sin que yo hubiera dicho nada, en las estaciones de ferrocarril me daban un billete de tercera clase como lo más natural.

Pero también había sus compensaciones. Por primera vez vi cara a cara a la clase baja inglesa y supe lo que valía. Cuando trabajadores y parados hablaban conmigo, en esquinas y tabernas, lo hacían de hombre a hombre, como deben hacerlo las personas, sin intención de obtener algo de mí por lo que decían o por la forma en que lo decían.

Y cuando me instalé en el East End descubrí con satisfacción que ya no me perseguía el temor a la multitud. Me había convertido en parte de ella. El vasto y maloliente mar me había tragado, o yo me había voluntariamente sumergido en él, y me di cuenta de que no tenía nada de temible —con la única excepción de la camiseta.

## CAPÍTULO II JOHNNY UPRIGHT

*La gente vive realquilada en cuartuchos miserables, en los que no puede haber ni salud ni esperanza, lamentándose siempre de su propia suerte, lamentándose vanamente por la riqueza que ven que otros poseen.*

THOROLD ROGERS

No les daré la dirección de Johnny Upright. Baste con decir que vive en la calle más respetable del East End —una calle que sería considerada sórdida en América, pero que es un verdadero oasis en el desierto del East End. Está rodeada por todas partes de inmundicia y de calles atestadas de una juventud envilecida y sucia; pero sus aceras están relativamente libres de chiquillos, que no tienen otro lugar donde jugar, e incluso da cierta sensación de abandono, tan escasas son las personas que van y vienen.

En esta calle, como en todas las demás, cada casa está pared contra pared de las casas vecinas. Tienen una sola entrada, la puerta delantera, y cada una mide dieciocho pies de anchura, con un pequeño patio trasero rodeado de un muro de ladrillos donde, cuando no llueve, se puede contemplar un cielo de color pizarra. Pero debe quedar bien entendido que estamos hablando de lo más opulento del East End. Algunas personas de esta calle disfrutaban de tan buena posición que hasta pueden tener una "esclava". Johnny Upright tiene una, lo sé muy bien, pues ella fue la primera persona que conocí en esta parte del mundo.

Cuando llegué ante la puerta de Johnny Upright, fue la "esclava" quien la abrió. Y, tomen nota, aun cuando su posición en la vida era penosa y despreciable, era ella quien me miraba con lástima y desprecio. Era evidente que deseaba que nuestra conversación fuese breve. Como era domingo Johnny Upright no estaba en casa, y no había nada más que hablar. Pero me entretuve discutiendo con ella si estaba o no, hasta que Mrs. Upright se acercó hasta la puerta y regañó a la muchacha, antes de prestarme atención, por no haberla cerrado.

No, Mr. Johnny Upright no estaba en casa, y además, no recibía a nadie en domingo. Mal asunto, comenté. ¿Estaba buscando trabajo? No, todo lo contrario; en realidad, había venido a ver a Johnny Upright por un negocio que podía ser provechoso para él.

En seguida se produjo un cambio en su rostro. El caballero en cuestión estaba en la iglesia, pero regresaría más o menos al cabo de una hora, y entonces podría verle.

¿Me invitaría a entrar? No, la señora no me invitó, aunque intenté inducir la a que lo hiciese explicando que iría hasta la esquina y esperaría en la taberna. Fui hasta la taberna, pero al ser hora de ir a la iglesia, estaba cerrada. Lloviznaba y, a falta de algo mejor, me acomodé en el escalón de la entrada de una casa vecina y aguardé.

La "esclava" se acercó al escalón, tan desaliñada como perpleja, y me anunció que la patrona me permitía regresar y esperar en la cocina.

—Viene tanto tío a por trabajo —se excusó Mrs. Upright—. Espero que no se haya molestado por como le hablé.

—En absoluto, en absoluto —repliqué del modo más solemne, invistiendo de dignidad mis harapos—. La comprendo muy bien. Supongo que la gente que viene buscando trabajo la aburre hasta la muerte.

—Desde luego —repuso con una mirada elocuente y expresiva; luego me llevó, no a la cocina, sino al comedor, favor que interpreté como recompensa a mi solemnidad. El comedor, que estaba en la misma planta que la cocina, se encontraba a unos cuatro pies por debajo del nivel del suelo y, aunque era mediodía, estaba tan oscuro que tuve que esperar a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Una luz mortecina se filtraba a través de una ventana, cuyo borde superior estaba al nivel de la acera, y advertí que esta luz era suficiente para leer el periódico.

Y ahora, mientras esperaba la llegada de Johnny Upright, déjenme explicar cuál era mi propósito. Aunque viviera, comiera y durmiera con la gente del East End, mi intención era disponer de un puerto en el que refugiarme, no muy alejado, donde pudiera acudir de vez en cuando para constatar que aún existían buenas ropas y limpieza. También quería recibir en ese puerto mi correspondencia, escribir mis notas y, convenientemente vestido, escapar alguna vez hasta la civilización.

Pero esto suponía un dilema. Un alojamiento donde mis pertenencias estuvieran seguras implicaba una patrona que sospecharía de un caballero que llevaba una doble vida; mientras que una patrona que no se preocupase por la doble vida de sus huéspedes implicaría un alojamiento en el que mis pertenencias no estarían seguras. Evitar este dilema es lo que me había traído hasta Johnny Upright. Un detective con treinta años de servicio en el East End, conocido por el nombre que le había dado un convicto de los muelles, era quien mejor podía encontrarme una patrona honrada y tranquilizarla con respecto a mis extrañas idas y venidas.

Sus dos hijas le precedieron en su regreso de la iglesia; eran dos hermosas muchachas endomingadas; tenían la frágil y delicada belleza que caracteriza a las jóvenes *cockney*, una belleza que no es más que una promesa sin futuro, condenada a desvanecerse rápidamente como el color de una puesta de sol.

Me miraron con franca curiosidad, igual que si fuese un animal extraño, pero luego me ignoraron por completo durante el resto de tiempo que duró mi espera. Entonces llegó el mismísimo Johnny Upright y fui invitado a subir a su despacho

—Hable más alto —me interrumpió nada más empecé a hablar—. Estoy muy resfriado y no oigo bien.

¡Por todos los espíritus de los viejos detectives y Sherlock Holmes! Me pregunté dónde estaría oculto el ayudante que debería anotar todo cuanto yo dijese a voz en grito. Y hasta hoy, pese a lo mucho que he frecuentado a Johnny Upright, no he sido capaz de decidir si realmente estaba resfriado o si tenía a un ayudante escondido en el cuarto vecino. Pero de algo sí estoy seguro: aunque le di a Johnny Upright todos los datos acerca de mi persona y de mi proyecto, no tomó su decisión hasta el día siguiente, cuando me presenté en su calle convenientemente vestido y en coche. Entonces su recibimiento fue muy cordial y me invitó a tomar el té con su familia.

—Aquí somos gente humilde —dijo—, no dada a vanidades, y debe tomarnos tal como somos, sencillos. Las muchachas se sonrojaron llenas de embarazo al saludarme, y su padre no hacía nada que aliviara la situación.

—¡Ja, ja! —rió divertido, golpeando la mesa con la palma de la mano hasta que los platos entrechocaron—. ¡Las niñas ayer creyeron que usted había venido a pedir un pedazo de pan! ¡Ja, ja!

Lo negaron indignadas, con los ojos hoscos y las mejillas rojas de culpabilidad, como si fuese una prueba de auténtico refinamiento ser capaz de reconocer bajo sus harapos a un hombre que no tenía la necesidad de ir harapiento.

Y mientras comía pan y mermelada, comenzó un juego de despropósitos mutuos, las muchachas considerando que me habían insultado al haberme confundido con un mendigo y el padre estimando como el más alto elogio de mi habilidad el haber tenido éxito al provocar tal confusión. Disfruté esa situación, así como con el pan, la mermelada y el té, hasta que llegó el momento de que Johnny Upright se ocupara de encontrarme un alojamiento, lo cual hizo en su propia calle, apenas seis puertas más allá, en una casa tan idéntica a la suya como un guisante a otro guisante.

### CAPÍTULO III MI ALOJAMIENTO Y OTRAS COSAS

*Los pobres, los pobres, los pobres, están ahí,  
aprimados por la aplastante mano del Comercio  
contra una puerta que sólo se abre hacia dentro  
con tal fuerza que queda sellada para siempre,  
exhalando un monstruoso aire fétido  
hacia las leguas de libertad que hay afuera  
allí donde el arte, cual dulce alondra,  
convierte el firmamento en melodía celestial.*  
SYDNEY LANIER

Para estar en el East End, el cuarto que alquilé por seis chelines, es decir, un dólar y medio, por semana, era muy confortable. Desde el punto de vista americano, por el contrario, estaba mal amueblado y era pequeño e incómodo. Al agregar a su escaso mobiliario una mesita para la máquina de escribir, moverme resultó difícil; en el mejor de los casos tenía que deslizarme como un gusano, lo cual requería destreza y presencia de ánimo.

Una vez instalado, o mejor dicho, una vez depositadas mis pertenencias, me puse mis harapos y salí a dar una vuelta. Estando fresca en mi cabeza la idea de buscar alojamiento, empecé una concienzuda búsqueda utilizando la hipótesis de que yo era pobre, joven, con esposa y una familia numerosa.

Mi primer descubrimiento fue que las casas vacías debían ser escasas y estaban muy alejadas unas de otras, tan alejadas que pese a que anduve durante millas en círculos irregulares, siempre debía encontrarme entre dos de ellas. En realidad no topé con una sola casa vacía, prueba concluyente de que la zona estaba "saturada".

Al ser evidente que siendo pobre, joven y con familia no podía alquilar una casa en esta indeseable área, empecé a buscar cuartos, habitaciones sin amueblar, donde pudiera meter a mi mujer, mis hijos y mis trastos. No había muchos libres, pero encontré, generalmente en singular, pues parece que una sola habitación se considera suficiente para que la familia de un pobre cocine, coma y duerma. Cuando pedía dos habita-

ciones los propietarios me miraban, imagino, igual que cierto personaje miraba a Oliver Twist cuando pedía más comida.

No sólo se consideraba un solo cuarto suficiente para un pobre y su familia, sino que a muchas familias que ocupaban un solo cuarto les sobraba tanto espacio que incluso admitían uno o dos inquilinos más. Como los cuartos pueden ser alquilados por tres a seis chelines a la semana, la conclusión lógica sería que un inquilino con buenas referencias que aceptara compartir el cuarto pudiera obtener alojamiento por, digamos, de ocho peniques a un chelín. Incluso podría estar a pensión completa por unos pocos chelines más. Sin embargo no se me ocurrió averiguarlo, un fallo imperdonable por mi parte dado que estaba buscando en base a que tenía una hipotética familia.

No sólo las casas que investigué carecían de bañera, sino que no la tenía ninguna de las miles de casas que llegué a ver. Bajo estas circunstancias, con mi mujer y los niños y un par de inquilinos soportando el enorme espacio de un solo cuarto, tomar un baño en una tinaja sería algo imposible. Quizás la compensación estriba en el ahorro de jabón, de modo que todo va bien y Dios sigue en los cielos.

Además, es tan perfecta la forma en que están compensadas todas las cosas de este mundo, que aquí, en East Londres, llueve casi cada día, y, quiérase o no, habíamos de darnos un baño en la calle.

Ciertamente, la situación sanitaria de los lugares que visité era lamentable. Teniendo en cuenta el rudimentario sistema de alcantarillado, los desagües, los sumideros defectuosos, una pobre ventilación, humedad y fetidez por doquier, iba a exponer velozmente a mi esposa y mis hijos a la difteria, garrotillo, tífus, erisipela, envenenamiento de la sangre, bronquitis, pulmonía y tuberculosis, amén de otras enfermedades semejantes. Desde luego, la tasa de mortalidad era exageradamente elevada. Pero obsérvese de nuevo cómo se compensan las cosas. Lo más racional que puede hacer un hombre pobre con familia numerosa en el East London es sacársela de encima; las condiciones de la zona son tales que hacen el trabajo por él. Por supuesto, existe la posibilidad de que entre tanto esto sucede él muera. En este caso la compensación es menos evidente, pero debe estar ahí, por alguna parte, estoy seguro. Y cuando la descubra demostraré que se trata de una compensación bondadosa y sutil, salvo que todo mi esquema sea falso y esté equivocado.

Sin embargo, no alquilé ningún cuarto sino que regresé a mi calle, la de Johnny Upright. Después de esforzarme en meter a mi mujer y a mis hijos en todos aquellos cubículos, el ojo de mi mente se había estrechado tanto que me resultó imposible abarcar mi propio cuarto de un vistazo. Su inmensidad era abrumadora. ¿Era posible que fuese éste el cuarto que había alquilado por seis chelines semanales? ¡Imposible! Pero mi patrona, cuando llamó con los nudillos para averiguar si estaba cómodo, despejó mis dudas.

—Oh, sí señor —dijo contestando una pregunta—. Esta calle es la última. Hace ocho o nueve años todas las calles eran así, y la gente era respetable. Pero los otros han echado a los de nuestra clase. Sólo quedamos los de esta calle. ¡Es horrible, señor!

Y entonces me explicó el proceso de saturación, a través del cual el valor de los alquileres de un barrio se incrementaba a medida que descendía la categoría del mismo.

—Verá, señor, los de nuestra clase no estamos acostumbrados a amontonarnos como hacen los otros. Necesitamos más espacio. Los otros, los forasteros y los de condición más baja pueden meter cinco o seis familias en donde nosotros sólo metemos una. De modo que pueden pagar más renta que nosotros. Es horrible, señor, ¡y pensar que hace pocos años este barrio era de lo mejor que había!

Me quedé mirándola. He aquí una mujer de lo más selecto de la clase trabajadora inglesa, con numerosos signos de refinamiento, que está siendo poco a poco engullida por esa ruidosa y putrefacta marea humana que los poderes empujan desde el centro hacia el este de Londres. Deben construirse bancos, fábricas, hoteles y oficinas, y las pobres gentes de la ciudad son de estirpe nómada, de manera que emigran hacia el este, ola tras ola, y saturan y degradan barrio tras barrio, empujando a los trabajadores que estaban allá hasta los límites de la ciudad, como pioneros, o arrastrándolos al abismo, si aún no a la primera generación, con seguridad a la segunda o a la tercera.

Sólo es cuestión de meses que la calle de Johnny Upright siga la misma suerte. Y él lo sabe.

—En un par de años —dice— me vence el contrato. El propietario es de nuestra clase. No ha subido el alquiler de ninguna de las casas que tiene, y esto nos ha permitido quedarnos. Pero cualquier día puede venderlas, o morirse, que para nosotros es lo mismo. La casa se la quedará un criador de dinero, que pondrá una tienda en la parte posterior, donde tengo mi parra, ampliará la casa y alquilará un cuarto por familia. ¡Y entonces Johnny Upright se irá!

Me imaginé a Johnny Upright, a su buena mujer y a sus hijas, y también a su desgredada esclava, huyendo hacia el este en la oscuridad, como fantasmas, con la monstruosa ciudad rugiendo en sus talones.



Pero Johnny Upright no está solo en su huida. Lejos, muy lejos, en los límites de la ciudad viven comerciantes, pequeños empresarios y empleados de cierto nivel. Viven en casitas o en casas pareadas, con pequeños jardines, las habitaciones necesarias y espacio para respirar. Están hinchados de orgullo y ensanchan el pecho cuando contemplan el Abismo del que han escapado, dando gracias a Dios por no ser como los demás. ¡Y es sobre ellos que cae Johnny Upright con la monstruosa ciudad pegada a los talones! Los alquileres se disparan como por arte de magia, los jardines se edifican, las casas aisladas se dividen y subdividen, y la negra noche de Londres cae sobre ellas como una mortaja.

#### CAPÍTULO IV UN HOMBRE Y EL ABISMO

*Tras un momento de silencio hablaron  
de la vasija más deforme.  
Se mofan de mí porque está torcida.  
¿Quizá temblaba la mano del alfarero?*  
OMAR JAYYAM

—Oiga, ¿me puede alquilar una habitación?

Dejé caer estas palabras con desgana, por encima de mi hombro, a una fornida mujer mayor con la que compartía una mesa en una cafetería que estaba cerca de Pool y no lejos de Limehouse.

—Ajá— contestó secamente, quizás porque mi apariencia no se corresponde con la que exige su casa.

No dije nada más y consumí en silencio mi loncha de tocino y mi repugnante jarra de té. Tampoco demostró ella interés por mí hasta que llegó el momento de pagar mi cuenta (cuatro peniques), y saqué del bolsillo una moneda de diez chelines. Se produjo entonces el resultado esperado.

—Ajá, señor —dijo—, tengo un sitio fetén. ¿Vuelve de un viaje?

—¿Cuánto por una habitación? —inquirí, haciendo caso omiso a su curiosidad.

Me miró de arriba a abajo con franca sorpresa.

—No alquilo habitaciones, no se lo hago a mis clientes, así que menos aún a los que están de paso.

—Entonces tendré que seguir buscando —contesté con evidente disgusto.

Pero mis diez chelines había despertado su entusiasmo.

—Puedo alquilarle una buena cama con otros dos —insistió—. Buena gente, respetable, y muy tranquila.

—Pero yo no quiero dormir con otros dos hombres —objeté.

—No tiene que hacerlo. Hay tres camas en el cuarto, y no es pequeño.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Media corona por semana, dos con seis si se queda todo el mes. Le gustarán esos tíos, seguro. Uno baja en el almacén, lleva conmigo dos años. Y el otro lleva seis, hace seis y dos meses el sábado que viene. Es tramoyista —continuó—. Un tío serio y honrao, que nunca ha faltao a su trabajo de noche en todo el tiempo que está conmigo. Y le gusta la casa; dice que es la mejor que ha estao. Lo tengo a pensión, igual que a los otros.

—Supongo que estará ahorrando —insinué inocentemente.

—¡Por Dios santo, qué va! Y no hay nada mejor por ese precio.

Pensé en mi inmenso Oeste, con espacio bajo su cielo y aire suficiente para mil Londres; ¡y aquí estaba este hombrecillo, tranquilo y de confianza, que no había faltado a su trabajo ni una sola noche, metido en un cuarto con otros dos hombres, un cuarto por el que pagaba dos dólares y medio al mes, y que era lo mejor que podía encontrar! Y aquí estaba yo, con el poder de mis diez chelines, a punto de ocupar con mis andrajos una cama a su lado. El alma humana es solitaria, pero a veces ha de serlo mucho, como cuando hay tres camas en un cuarto y se admite a cualquiera que lleve diez chelines.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le pregunté.

—Trece años, señor. ¿No cree que está bien el cuarto?

Mientras hablaba se movía pensativa por la pequeña cocina en la que guisaba para los huéspedes que estaban a pensión. Cuando entré por primera vez estaba trabajando, y no dejó de hacerlo en toda la conversación. Sin duda era una mujer atareada. "A las cinco y media arriba", "la última en meterse en la cama",

"trabajando como una bruta hasta romperme", trece años, y como recompensa cabellos grises, ropas mugrientas, hombros caídos, figura desaliñada, trabajo inacabable en una cafetería loca y ruidosa que daba a una callejuela con apenas diez pies de distancia entre las paredes, y un ambiente portuario feo y asqueroso, por no decir otra cosa.

—¿Volverá a echarle un vistazo? —me preguntó ansiosa mientras yo iba hacia la puerta.

Al girarme y contemplarla comprendí la profunda verdad que hay en la vieja y sabia máxima: "La virtud es un premio en sí misma".

Volví hasta ella.

—¿Ha hecho vacaciones alguna vez? —pregunté.

—¡Vacaciones!

—Un par de días en el campo, aire fresco, un día libre, ya sabe, un descanso.

—¡Dios bendito! —rió, dejando de trabajar por primera vez—. ¿Vacaciones, eh? ¿Para darme un gusto? ¡Pues estamos bien! ¡Cuidao con los pies! —esto último era una advertencia, porque tropecé con el carcomido umbral.

Cerca del muelle de las Indias Occidentales encontré a un joven mirando desconsolado las aguas fangosas. Una gorra de fogonero encasquetada hasta los ojos y sus ropas revelaban sin lugar a dudas que era hombre de mar.

—Hola, compañero —le saludé, tratando de iniciar una conversación—. ¿Puedes decirme cómo se va a Wapping?

—¿Has llegado en un barco ganadero? —contestó, descubriendo mi nacionalidad al instante.

A partir de ahí entramos en una conversación que se prolongó hasta una taberna y un par de pintas de cerveza. Ello aumentó nuestra intimidad, de manera que cuando saqué a la superficie un montón de peniques que en total hacían un chelín (y que era todo mi capital) y aparté seis para la cama y otros seis para cerveza, el marinero propuso generosamente que nos bebiésemos la totalidad del chelín.

—Mi compañero la lió buena anoche —explicó—. Y la poli lo metió en chirona, así que si quieres puedes compartir mi camastro. ¿Qué dices?

Dije que sí, y después de que nos hubimos empapado de cerveza hasta gastar el chelín y pasado la noche en la miserable cama de una miserable guarida, le conocí lo suficiente para saber qué clase de persona era. Y, tal como mi experiencia confirmaría después, resultó ser un personaje representativo del amplio sector de la clase trabajadora de Londres que constituía su nivel más bajo.

Nacido en Londres, su padre había sido fogonero y borracho antes que él. De niño, su hogar fueron las calles y los muelles. Nunca aprendió a leer, y nunca sintió que fuese necesario; era algo, creía, vano e inútil, al menos para un hombre en sus circunstancias.

Había tenido madre y numerosos y alborotadores hermanos y hermanas, todos amontonados en un par de habitaciones, viviendo con más miseria y menos comida que la que él se procuraba normalmente. En efecto, nunca iba a su casa salvo cuando no tenía suerte consiguiendo alimentos. Pequeños hurtos, mendicidad por calles y muelles, uno o dos viajes por mar sirviendo el rancho, algunos más paleando carbón para llegar a ser fogonero; con eso había alcanzado lo más alto en su vida.

Mientras transcurría todo esto se había ido forjando una filosofía de la vida fea y repulsiva, pero lógica y sensata desde su punto de vista. Cuando le pregunté para qué vivía, me contestó: "Para empinar el codo." Un viaje por mar (porque un hombre tiene que vivir y conseguir su sustento), luego la paga y al final la gran borrachera. Después, pequeñas borracheras gorreadas en las tabernas a compañeros que aún tuvieran algunas monedas, como yo mismo, y cuando el gorreo no daba más de sí, otro viaje por mar y se repetía el ciclo brutal.

—¿Y mujeres? —sugerí cuando terminó de proclamar la borrachera como la única finalidad de su vida.

—¡Las tías! —dejó ruidosamente la jarra en el mostrador y habló con elocuencia—. A mí me han enseñado a alejarme de las tías. No compensan, compa, no compensan. ¿Para qué quiere las tías uno como yo? Dímelo. Tuve mi mami, y ya es suficiente; siempre sacudiendo a los críos y haciendo desgraciao a mi viejo cuando llegaba a casa, que eran muy pocas veces, te lo aseguro. ¿Y por qué? ¡Por culpa de la vieja! Nunca dejó que nadie fuese feliz. Luego están las otras tías. ¿Cómo tratan a un pobre currante con unos pocos chelines en los calzones? Una buena borrachera es lo que tiene en los bolsillos, una buena y larga borrachera, y las tías lo despluman tan deprisa que no le queda ni para un vaso. Lo sé bien. He pasado por eso y sé de qué va. Y te diré, donde hay tías hay problemas... gritos y jaleo, peleas, pinchazos, polis, jueces y un mes de trabajos forzados, y no te dan la paga cuando te sueltan.

—Pero tener esposa e hijos —insistí—, una casa propia y todo eso. Piénsalo, cuando vuelvas de viaje tendrás a los chiquillos encaramándose en tus rodillas, y tu esposa feliz y sonriente te dará un beso mientras pone la mesa, los niños te besarán cuando se van a la cama, la tetera silbando en el fuego y luego la larga charla sobre lo que has visto, ella contándote todo lo que ha pasado en la casa durante tu ausencia y...

—¡Soo! —exclamó, dándome un puñetazo afectuoso en el hombro—. ¿A qué juegas? Una tía besándome, y críos en mis rodillas, y la tetera silbando... ¿Todo eso por cuatro libras con diez al mes cuando tienes barco y cuatro veces nada cuando no lo tienes? Yo te diré lo que se tiene con cuatro libras con diez: la parienta buscando camorra, los críos escuálidos, sin carbón que haga silbar la tetera, que al final acaba contra tu cabeza; eso es lo que se tiene. Suficiente para que estés contento de volver al mar. ¡Una parienta! ¿Para qué? ¿Para que te haga desgracia? ¿Críos? Sigue mi consejo, compa, y no tengas. Haz como yo. Me tomo una cerveza cuando quiero, sin una tía y unos mocosos llorando pidiendo pan. Soy feliz, con mi cerveza y compas como tú, un barco cerca y otro viaje por mar. Así que venga, tomemos otra pinta. Cerveza es lo que me hace falta.

No es preciso continuar con el discurso de este joven de veintidós años, he indicado suficientemente su filosofía de la vida y las razones económicas que la explican. La palabra "hogar" sólo le hacía pensar en cosas desagradables. Siendo los salarios de su padre, y de otros hombres del mismo estilo, muy bajos, había encontrado razones suficientes para señalar a esposa e hijos como causas de la desgracia masculina. Hedonista inconsciente, absolutamente amoral y materialista, buscaba la mayor felicidad posible para sí mismo, y la había encontrado en la bebida.

Un joven embrutecido; una ruina prematura; incapacidad física para trabajar como maquinista; el arroyo o el penal; y el fin... Lo veía con tanta claridad como yo, pero no le aterrorizaba. Desde el momento de su nacimiento todas las fuerzas de su alrededor habían contribuido a endurecerle, y veía su miserable e inevitable futuro con una insensibilidad e indiferencia que yo no podía modificar.

Y sin embargo no era mal hombre. No era intrínsecamente vicioso y brutal. Tenía una mentalidad normal, y mejor físico. Sus ojos eran grandes y azules, sombreados por largas pestañas, y estaban muy separados. Sonreían, tenían el brillo del humor. La frente y las facciones eran correctas, la boca y los labios, dulces, aunque ya empezaban a tener un rictus retorcido. El mentón era débil, aunque no demasiado; he visto a hombres más débiles inmejorablemente situados.

Su cabeza estaba bien formada, y tan graciosamente situada sobre su cuello perfecto que no me sorprendí al ver su cuerpo cuando se desnudó aquella noche. He visto muchos hombres desnudos, en gimnasios y campos de entrenamiento, hombres bien formados, pero nunca he visto a nadie que tuviese un mejor desnudo que este embrutecido joven de veintidós años, este joven dios condenado a la aniquilación y la ruina en un plazo de tres o cuatro cortos años sin que la posteridad pueda recibir su espléndida herencia.

Parecía un sacrilegio malgastar aquella vida, y sin embargo tuve que admitir que tenía razón al no querer casarse ganando sólo cuatro libras con diez en la ciudad de Londres. Como la tenía el tramoyista siendo más feliz viviendo solo en un cuarto compartido con otros dos hombres que amontonando una escuálida familia en un cuarto aún más barato que igualmente tendría que compartir con otros dos hombres.

Y día a día me convencí de que no sólo es desaconsejable, sino que es un crimen que la gente del Abismo se case. Ellos son los ladrillos que el constructor rechaza. No hay lugar para ellos en la sociedad, pues todas las fuerzas de ésta los rebajan hasta hacerles perecer. En el fondo del Abismo son débiles, estúpidos y necios. Si se reproducen, la vida es tan mísera que por fuerza han de perecer. Los asuntos del mundo transcurren por encima de ellos, y no les interesa participar ni están preparados para hacerlo. Más aún, el mundo no les necesita. Hay muchos, mejor preparados que ellos, aferrados a la empinada ladera y luchando desesperadamente para no volver a resbalar.

En resumen, el Abismo de Londres es un inmenso matadero. Año tras año, década tras década, la Inglaterra rural envía un torrente de vida fuerte y vigorosa que no sólo no sirve para renovar nada, sino que perece a la tercera generación. Las autoridades competentes afirman que el trabajador londinense de padres y abuelos nacidos en Londres es un ejemplar tan notable que resulta difícil de encontrar.

Mr. A. C. Pigou ha dicho que los ancianos pobres y la hez que compone ese inframundo constituye el 7,5 por ciento de la población de Londres. Que es lo mismo que decir que el año pasado, y ayer, y hoy, en este mismo instante, 450.000 de esas criaturas están muriendo en el fondo del foso social que llaman «Londres». En cuanto a cómo mueren, tomaré un ejemplo del periódico de esta mañana:

#### AUTONEGLIGENCIA

Ayer el Dr. Wynn Westcott llevó a cabo una investigación en Shoreditch en relación con la muerte de Elizabeth Crews, de 77 años, con domicilio en East Street, Holborn, quien murió el miércoles pasado. Alice Matieson afirmó ser la propietaria de la casa en la que vivía la fallecida. La testigo la vio con vida por última vez el lunes anterior. Vivía sola. Mr. Francis Birch, funcionario de la beneficencia pública del distrito de Holborn, declaró que la muerta había ocupado el cuarto en cuestión durante treinta y cinco años. Cuando el testigo fue avisado, encontró a la anciana en un estado terrible, y la ambulancia y el cochero tuvieron que ser desinfectados después del traslado. El Dr. Chase Fennell dijo que la muerte fue causada por el envenenamiento de la sangre debido a las llagas, a causa de su autonegligencia y de la inmundicia que la rodeaba, y el jurado dio su veredicto en esos términos.

Lo más chocante de este pequeño incidente acerca de la muerte de una mujer es la petulante complacencia con que lo consideraron y enjuiciaron las autoridades. Que una anciana de setenta y siete años muriese por AUTONEGLIGENCIA es una forma sumamente optimista de contemplarlo. Haber muerto fue culpa de la mujer, y habiendo establecido su responsabilidad, la sociedad vuelve con satisfacción a sus propios asuntos.

De este inframundo Mr. Pigou ha dicho: «Bien por falta de fuerza física, o de inteligencia, o de nervio, o de las tres cosas, son trabajadores ineficientes y carentes de voluntad, y en consecuencia son incapaces de mantenerse a sí mismos... A menudo tienen un intelecto tan degradado que no pueden distinguir la mano derecha de la izquierda, o reconocer los números de sus casas; sus cuerpos son débiles y no poseen resistencia, sus inclinaciones están torcidas y casi no saben lo que es la vida familiar».

Cuatrocientas cincuenta mil personas es mucha gente. El joven fogonero era sólo una de ellas, y le llevó algún tiempo contarme lo poco que tenía que decir. No me gustaría oírles a todos al mismo tiempo. Me pregunto si Dios les oye.

## CAPÍTULO V LOS QUE ESTÁN AL BORDE

*Te aseguro que no encontrarás nada peor, nada más degradante, nada tan carente de esperanza, nada tan intolerablemente sombrío y miserable como la vida que dejé tras de mí en el East End de Londres.*

HUXLEY

Mi primera impresión del East End de Londres fue, como es lógico, superficial. Más tarde empezaron a surgir los detalles, y aquí y allá, en aquel caos miserable, encontré pequeños focos en los que reinaba algo de felicidad: por ejemplo, en algunas casas en calles apartadas donde viven artesanos y en las que existe una elemental vida familiar. Al anochecer se puede ver a los hombres en las puertas de sus viviendas, con la pipa en la boca y chiquillos en las rodillas, las mujeres chismorreando y un ambiente relajado y divertido. Estas gentes están contentas, evidentemente, porque en relación a la miseria que les rodea viven relativamente bien.

Pero en el mejor de los casos se trata de una felicidad monótona, animal, la satisfacción de la tripa llena. Lo que domina sus vidas es el materialismo. Son estúpidos y torpes, sin imaginación. El Abismo parece destilar una atmósfera de torpor, que les envuelve y atonta. La religión les resbala. El Invisible no les causa ni terror ni arrobos. No tienen conciencia del Invisible; y la tripa llena y la pipa del atardecer, junto con certeza, es todo lo que le piden, o sueñan pedirle, a la vida.

Esto no sería tan malo si fuese todo; pero hay más. El torpor satisfecho en el que están inmersos no es más que la mortal inercia que precede a la extinción. No hay progreso, y en ellos no progresar es caer en el Abismo. Es posible que en el transcurso de sus vidas sólo den inicio a la caída, que completarán sus hijos y los hijos de sus hijos. El ser humano siempre obtiene menos de lo que le pide a la vida; y éstos es tan poco lo que le piden que lo que obtienen no puede salvarlos.

La vida urbana es antinatural para los humanos; pero la vida urbana londinense es tan absolutamente antinatural para el hombre o la mujer trabajadores que no pueden soportarla. Mente y cuerpo se ven minados por incesantes influencias corrosivas. El vigor moral y físico se rompe, y el buen trabajador, recién llegado del campo, se convierte en un mal trabajador en la primera generación urbana; y la segunda generación,

vacía de empuje e iniciativa, y de hecho incapaz físicamente para realizar la labor que hicieran sus padres, está ya de lleno en la pendiente que conduce al matadero del Abismo.

Por lo pronto, el aire que respira, y del que nunca puede escapar, es suficiente para debilitarle mental y físicamente, hasta el punto de que es incapaz de competir con la vida nueva y viril procedente del campo que se apresura hacia Londres dispuesta a destruir y ser destruida.

Prescindamos de los gérmenes malignos que atiborran el aire de East End y fijémonos sólo en los humos. Sir William Thislton-Dyer, conservador de los Jardines Kew, ha estudiado los efectos del humo en la vegetación y, según sus cálculos, no menos de seis toneladas de materia sólida, consistente en hollín e hidrocarburos derivados de la brea, se depositan cada semana en cada cuarto de milla cuadrada en y alrededor de Londres. Esto equivale a veinticuatro toneladas semanales por milla cuadrada, es decir, a 1.248 toneladas anuales. De la cornisa situada debajo de la cúpula de la catedral de San Pablo se tomó recientemente un depósito sólido de sulfato de cal cristalizado. Este depósito se había formado por la acción del ácido sulfúrico de la atmósfera sobre la cal de la piedra. Y este ácido sulfúrico de la atmósfera es continuamente respirado por el trabajador londinense durante todos los días y noches de su vida.

Es indiscutible que los chiquillos se convierten en adultos corrompidos, sin virilidad o vigor, una estirpe descuidada, de piernas débiles y estrecha de pecho, que se encoge y cae en la brutal lucha por la vida contra las invasoras hordas del campo. Ferroviarios, carreteros, conductores de autobús, transportistas de maíz y madera, y todos cuantos han de menester vigor físico, son en su mayor parte traídos del campo; en cuanto a la policía metropolitana, la forman unos 12.000 campesinos junto a unos 3.000 londinenses.

De modo que uno tiene que llegar a la conclusión de que el Abismo es, literalmente, una enorme máquina dedicada a matar hombres, y cuando paso por las callejas apartadas con los artesanos de barrigas llenas sentados en las puertas, siento mayor pena por ellos que por los 450.000 infelices, perdidos y sin esperanza, que agonizan en el fondo del hoyo. Éstos, por lo menos, están ya casi muertos, mientras que aquéllos todavía tienen que pasar por las lentas angustias que se extenderán a lo largo de dos e incluso tres generaciones.

Y sin embargo, la calidad de la vida es buena. Contiene en ella todas las potencialidades humanas. De darse las condiciones apropiadas, podría subsistir durante siglos y de ella surgirían grandes hombres, héroes y maestros que harían un mando mejor gracias a haberlo vivido.

Hablé con una mujer que era muy representativa de esas personas que han sido expulsadas de su calle, apartadas para iniciar la fatal caída hacia el fondo. Su marido era ajustador y miembro del Sindicato de Mecánicos. Resultaba evidente que era un mal mecánico, pues era incapaz de conservar un empleo estable. No tenía ni la energía ni el espíritu emprendedor necesarios para conseguir o mantener un puesto fijo.

La pareja tenía dos hijas, y los cuatro vivían en un par de agujeros, llamados generosamente "cuartos", por los que pagaban siete chelines semanales. No disponían de cocina, por lo que guisaban en un hornillo de gas. Como carecían de dinero, les era imposible conseguir un suministro ilimitado de gas, pero se les había instalado una maquinilla ingeniosa para facilitar que consumieran lo que pudieran pagar: introduciendo un penique en una ranura, el gas fluía, y cuando se había consumido el valor del penique, quedaba cortado el suministro.

—Un penique se gasta enseguida —explicaba la mujer—, ¡y la comida se queda a medio guisar!

El hambre había sido la norma durante años. Mes sí mes no, se levantaban de la mesa deseando comer más. Y una vez en la pendiente, la desnutrición crónica es un factor importante en la pérdida de vitalidad y en la aceleración de la caída.

No obstante, era una trabajadora tenaz. Desde las 4,30 de la mañana hasta la última luz de la tarde se afanaba cosiendo faldas de paño con dos volantes por siete chelines la docena. ¡Faldas de paño con dos volantes por siete chelines la docena! Esto equivale a un dólar setenta y cinco la docena, o a catorce centavos y tres cuartos la falda.

El marido, para obtener empleo, tenía que pertenecer al sindicato, que le cobraba un chelín y seis peniques a la semana. Cuando había huelgas y tenía la suerte de estar trabajando, debía pagar hasta dieciséis chelines a la caja de resistencia.

Una de las hijas, la mayor, había trabajado como aprendiz para una modista, cobrando un chelín y seis peniques a la semana (treinta y siete centavos semanales, esto es, cinco centavos diarios). Sin embargo, fue despedida al llegar la temporada baja, pese a que había sido contratada con un salario tan exigüo con la excusa de que debía aún aprender el oficio. Después trabajó en una tienda de bicicletas durante tres años con un sueldo de cinco chelines a la semana y debiendo andar dos millas de ida y otras tantas de vuelta, siendo multada si llegaba tarde.

Por lo que se refiere al hombre y a la mujer, su suerte estaba ya echada. Habían perdido pie y caían hacia el foso. ¿Pero y las hijas? Viviendo en condiciones pésimas, debilitadas por la desnutrición crónica, corroidas mental, moral y físicamente, ¿qué oportunidad tenían de salir del Abismo en que habían caído?

Mientras escribo esto, y durante más de una hora, el ambiente se ha hecho irrespirable a causa de una pelea que tiene lugar en el patio situado a espaldas del mío. Cuando me llegaron los primeros sonidos los tomé por ladridos y gruñidos de perros, y tardé varios minutos en darme cuenta de que eran seres humanos, y además mujeres, quienes producían tal clamor.

¡Mujeres borrachas peleándose! Si no es agradable pensarlo, aún resulta peor oírlo. Es algo parecido a esto: parloteo incoherente producido por los pulmones de varias mujeres; una pausa en la que se oye el llanto de una criatura y la voz de una joven suplicando entre sollozos; se alza la voz de una mujer, firme y desafiante: "¡Pégame! ¡Atrévete apegarme!", luego, un golpe, el desafío ha sido aceptado y la reyerta vuelve a empezar.

Las ventanas traseras de las casas que dan al lugar de la escena están llenas de espectadores entusiastas, y a mis oídos llega el sonido de golpes y juramentos que hielan la sangre. Por fortuna no alcanzo a ver a las combatientes.

Se produce una pausa; "¡Deja en paz a la criatura!", y la criatura, evidentemente de poca edad, grita aterrada. "¡Está bien!", repetido insistentemente, a voz en cuello, una veintena de veces: "¡Te voy a estampar esta piedra en la cabeza!", y, por el chillido que se oye hay que deducir que la piedra ha sido estampada en la cabeza.

Pausa. Aparentemente una de las contendientes ha quedado fuera de combate y la están reanimando; se escucha otra vez la voz de la criatura, pero ahora en un hilo de voz, aunque no menos aterrada.

Las voces empiezan a subir de tono, en una conversación parecida a esto:

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡Sí!

Suficientemente afirmadas ambas partes, el conflicto se reanuda. Una de las combatientes obtiene una ventaja abrumadora, y se aprovecha de ella, a juzgar por la manera en que la otra jura que la matará. La que jura la muerte de la otra balbucea y rueda sin voz, sin duda asfixiada por un buen apretón en la garganta.

Intervienen nuevas voces; un ataque por el flanco, roto el apretón en la garganta según se deduce de la forma en que grita la que jura que la va a matar; alboroto general, todas se pelean.

Pausa. Más voces, y la de la joven: "Me voy a poner de parte de mi madre"; diálogo, repetido al menos cinco veces, bla, bla, bla, conflicto renovado, madres, hijas, todas, durante el cual mi patrona retira a su hija de los escalones traseros y yo me pregunto cuál será el efecto en su moral de todo lo que ha oído.

## CAPÍTULO VI EL CALLEJÓN DE LA SARTÉN Y UN ATISBO DEL INFIERNO

*Las bestias tienen hambre, y comen, y mueren.*

*Así lo hacemos.*

*El mundo es una pocilga.*

*Una pocilga sin remedio, dicen muchos hombres,*

*y corren hacia ella.*

SIDNEY LANIER

Éramos tres andando por Mile End Road, y uno era un héroe. Un muchacho de talle esbelto, de diecinueve años, tan ligero y frágil que, como Fray Lippo Lippi, podía ser derribado por un golpe de viento. Era un ardiente socialista, lleno de entusiasmo y maduro para el martirio. Peligrosamente, había tomado parte activa, como orador o presidente, en las numerosas reuniones en favor de los boer que han exasperado a la alegre Inglaterra durante estos últimos años. Mientras andábamos me había ido contando algunas cosas: cómo había sido arrojado de parques y tranvías; sus discursos de renovada esperanza mientras un orador tras otro

eran golpeados por la iracunda multitud; el asedio en una iglesia en la que buscara refugio con otros tres y donde, bajo una lluvia de proyectiles y cristales rotos, se defendieron de la multitud hasta ser rescatados por una patrulla de la policía; batallas violentas y vertiginosas en escaleras, galerías y balcones; ventanas rotas, escaleras hundidas, salas de conferencias destruidas, y cabezas y huesos rotos... y al final, con un suspiro pesadoso, me miró y dijo:

—¡Cómo os envidio a los hombres corpulentos y fuertes! Yo soy tan enclenque que poco puedo hacer a la hora de pelear.

Y yo, que les sacaba hombros y cabeza a mis dos compañeros, recordé mi rudo Oeste y los hombres corpulentos a los que, a mi vez, envidiaba. También pensé, mientras contemplaba a aquel joven esmirriado con corazón de león, que aquel era el tipo de individuo que levanta barricadas y demuestra al mundo que los hombres no han olvidado cómo se muere.

Pero habló mi otro compañero, un joven de veintiocho años que se ganaba su precaria existencia en un taller de zapatería.

—Yo estoy fuerte, sí señor —anunció—. No como los otros tíos del taller. Me consideran un macho bien hecho. ¡Peso ciento cuarenta libras!

Me dio vergüenza decirle que yo pesaba ciento setenta, de manera que me contenté con observarlo atentamente. ¡Pobre tipo contrahecho! Con la piel y el color mustios, el cuerpo retorcido, pecho hundido, hombros vencidos por el trabajo, la cabeza inclinada hacia delante. ¡Sí que era un macho bien hecho!

—¿Cuánto mides?

—Más de cinco pies —contestó orgulloso—, y los otros tíos del taller...

—Enséñame ese taller —le pedí.

En ese momento nadie estaba trabajando, pero aun así deseaba verlo. Pasada la calle Leman torcimos hacia la izquierda en Spitalfields y nos metimos en el Callejón de la Sartén. Una horda de chiquillos alborotaba en la acera fangosa, como renacuajos convertidos en ranas en el fondo de una charca seca. En un portal angosto, tanto que no pudimos sino chocar con ella, se sentaba una mujer con un pequeñuelo que mamaba de unos pechos groseramente desnudos, dando una imagen degradada de la santidad materna. En el oscuro y estrecho vestíbulo situado tras ella nos abrimos camino entre una masa de niños y empezamos a subir una escalera aún más estrecha y sucia. Ascendimos tres pisos, cada rellano de una superficie de dos pies por tres, sucio y lleno de desperdicios.

Había siete habitaciones en aquella abominación llamada casa. En seis de ellas, unas veinte personas, de ambos sexos y todas las edades, cocinaban, comían, dormían y trabajaban. La superficie media de los cuartos era de ocho pies por ocho, o tal vez nueve. Entramos en el séptimo estancia. Era el taller en el que cinco hombres hacían sudar sus frentes. Tenía una anchura de siete pies y una longitud de ocho, y la mesa en la que trabajaban ocupaba la mayor parte del espacio. En la mesa había cinco hormas; casi no quedaba lugar para que los hombres realizaran su trabajo, pues el resto del cuarto estaba lleno de cartones, cueros, montones de zapatos y los materiales utilizados para adherir los zapatos a las suelas.

En el cuarto vecino vivía una mujer con seis críos. En otro sucio agujero vivía una viuda con un hijo tíxico de dieciséis años que se estaba muriendo. Me dijeron que la mujer vendía dulces por las calles y con frecuencia no conseguía los tres cuartos de leche que su hijo necesitaba cada día. Es más, el chico, débil y casi moribundo, sólo probaba la carne una vez por semana; y la clase y calidad de aquella carne no puede ser imaginada por personas que nunca han visto comer a una piara humana.

—Su forma de toser da escalofríos —comentó mi amigo, refiriéndose al muchacho—. Le oímos mientras trabajamos, y da escalofríos, lo juro, da escalofríos.

Y en las toses y los dulces descubrí otra amenaza para los chiquillos en aquel ambiente hostil del barrio.

Mi amigo, cuando había trabajo, compartía con otros cuatro hombres aquel cuarto de ocho pies por siete. En invierno, una lámpara ardía durante todo el día añadiendo sus humos a la sobrecargada atmósfera, que era respirada una y otra vez.

En las épocas buenas, cuando había exceso de trabajo, el hombre podía ganar hasta treinta chelines a la semana. ¡Siete dólares y medio!

—Pero esto sólo lo conseguimos los mejores. Y tenemos que trabajar doce, trece y catorce horas diarias, y todo lo deprisa que podemos. ¡Debería ver cómo sudamos! ¡Nos cae a chorro! Si pudiera vernos se quedaría pasmado: las tachuelas salen de nuestras bocas como de una máquina. Míreme la boca.

Se la miré. Los dientes estaban gastados por el roce constante de las puntas metálicas. Se veían negros y podridos.

—Y eso que me los limpio —agregó—, si no, aún estarían peor.

Después de contarme que los trabajadores tenían que conseguirse sus propias herramientas, puntas, cartones, luz y todo lo demás, me quedó claro que sus treinta chelines eran una cantidad exigua.

—¿Cuánto dura la temporada buena, cuando cobras ese espléndido salario de treinta chelines? — pregunté.

—Cuatro meses —fue la respuesta; durante el resto del año conseguía entre media y una libra a la semana, que equivale a entre dos dólares y medio y cinco dólares. La semana a la que me refiero ya estaba en su mitad y había ganado cuatro chelines, esto es, un dólar. Y me dio a entender que sus ingresos eran de los más altos en el oficio. Miré por la ventana, que debería haber dado a los patios traseros de las casas vecinas. Pero no había patios traseros, o mejor dicho, estaban ocupados por unos cobertizos habitados. Los tejados de esas chozas estaban cubiertos por una capa de suciedad, en algunos puntos de dos pies de espesor, arrojada desde las ventanas traseras de los pisos superiores. Distinguí raspas de pescado y huesos, desperdicios, harapos pestilentes, botas viejas, vajilla rota, y toda la basura de una pocilga humana.

—Este es nuestro último año; han comprado máquinas que harán nuestro trabajo dijo mi amigo entristecido, mientras tropezábamos con la mujer de los pechos desnudos y de nuevo nos abríamos paso entre la masa de niños.

Después visitamos las casas construidas por el Consejo del Condado de Londres allí donde vivió Arthur Morrison. Aun cuando los edificios albergaban a más gente que entonces, eran mucho más salubres. Los habitantes eran artesanos, miembros de las capas trabajadoras más altas. Las gentes del barrio se habían desplazado para vivir en otros suburbios o crear nuevos.

—Y ahora —dijo mi amigo, el "fornido", el que trabajaba tan de prisa que se le saltaban los ojos—, te enseñaré uno de los pulmones de Londres. Estos son los Jardines de Spitalfields —y pronunció con sorna la palabra "jardín".

A la sombra de Christ's Church, a las tres de la tarde, contemplé un panorama que no deseo volver a ver en mi vida. No hay flores en ese jardín, que es más pequeño que el rosal que tengo en mi casa. Sólo crece hierba, y está rodeado, como todos los parques de Londres, por una valla de hierros puntiagudos para evitar que los que no tienen techo puedan entrar a dormir por las noches.

Al penetrar en él nos cruzamos con una anciana, de cincuenta o sesenta años, cargada con dos voluminosos fardos. Era una vagabunda, un alma sin hogar, demasiado independiente para encerrar su cuerpo decadente en una institución caritativa. Como el caracol, llevaba su casa a cuestas. Los dos fardos contenían todos sus bienes: vestidos, ropa blanca y sus más entrañables posesiones.

Recorrimos el sendero de gravilla. En los bancos de ambos lados se acomodaba una masa humana miserable cuya visión hubiera inspirado a Doré manifestaciones de fantasía diabólica, superiores a las habituales suyas. Era un revoltijo de harapos y mugre, de toda clase de espantosas enfermedades de la piel, úlceras abiertas, contusiones, estupidez, indecencia, repelentes monstruosidades y rostros bestiales. Soplaban un viento frío y crudo, y aquellas criaturas se envolvían en sus harapos, en su mayoría durmiendo o intentando dormir. Había una docena de mujeres, cuyas edades iban de los veinte a los setenta años. Junto a ellas, un bebé de unos nueve meses yacía dormido en el banco, sin almohada ni envoltura y sin que nadie le vigilase. Y media docena de hombres dormían muy tiesos, o apoyados los unos en los otros. También una familia, el hijo dormido en los brazos de la madre dormida, y el marido o compañero arreglando torpemente un zapato roto. En otro banco una mujer cortaba con un cuchillo las tiras de sus harapos, y otra, con aguja e hilo, se cosía los desgarrones. Al lado, un hombre sostenía en sus brazos a una mujer dormida. Más allá, otro hombre, con las ropas embarradas, dormía con la cabeza apoyada en el regazo de una mujer no mayor de veinticinco años, que también dormía.

Lo que más me sorprendía era que durmiesen. ¿Por qué nueve de cada diez estaban dormidos o intentaban dormir? No lo supe hasta más tarde. *Hay una ley que establece que los sin techo no podrán dormir de noche.* En la acera, junto al pórtico de Christ's Church, donde las columnas de piedra se alzan hacia el cielo de forma solemne, había hileras de hombres que yacían dormidos o amodorrados, demasiado hundidos en su sopor para sentir curiosidad por nosotros.

—Un pulmón de Londres —exclamé—. No, un absceso, una llaga pútrida.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó el joven y ardiente socialista, con el alma y el estómago revueltos.

—Estas mujeres —aseguró nuestro guía— se venderían por tres peniques, o dos, o una hogaza de pan duro.

Lo dijo con expresión divertida.

No sé qué más hubiera sido capaz de decir antes de que el joven socialista exclamara:



—Por todos los Cielos, vámonos de aquí.

CAPÍTULO VII  
CONDECORADO CON LA CRUZ VICTORIA

*Más allá de la populosa ciudad los hombres gimen  
y el llanto de las almas de los heridos se oye ahí afuera.*  
JOB

He descubierto que no es fácil conseguir alojamiento circunstancial en un albergue público. He hecho ya dos intentos, y pronto haré el tercero. La primera vez fue a las siete de la tarde y llevaba cuatro chelines en el bolsillo. En esta ocasión, cometí dos errores. En primer lugar, el aspirante al alojamiento circunstancial debe ser pobre de solemnidad, y puesto que se le somete a un riguroso registro, es preciso que esté realmente sin blanca; cuatro peniques, y no digamos cuatro chelines, son suficientes para descalificarle. En segundo lugar, cometí el error de llegar con retraso. Las siete es demasiado tarde para que un indigente consiga una cama de menesteroso.

Para conocimiento de la gente inocente y bien alimentada, permítanme explicar en qué consiste el alojamiento circunstancial. Es un edificio donde el que no tiene casa, ni cama, ni dinero, puede, si tiene suerte, descansar *circunstancialmente* sus fatigados huesos, para, al día siguiente, pagar el favor trabajando como un condenado.

Mi segundo intento empezó bajo mejores auspicios. Fue a media tarde, iba acompañado por el ferviente socialista y otro amigo y todo lo que tenía en mis bolsillos eran tres peniques. Me condujeron hasta el albergue de Whitechapel, que observé desde una esquina. Apenas pasaban unos minutos de las cinco y ya se había formado una larga y melancólica cola, que doblaba la esquina del edificio y se perdía de vista.

Era un espectáculo de lo más triste; hombres y mujeres, en el frío y gris atardecer, esperaban un humilde cobijo que les protegiera de la noche, y confieso que casi me puso fuera de mí. Como el niño ante la puerta del dentista, descubrí de repente multitud de razones para estar en cualquier otra parte. Algo de esta lucha interior se debió reflejar en mi cara, pues uno de mis compañeros me dijo:

—No te arrugues; tú puedes hacerlo.

Claro que podía, pero me di cuenta de que incluso los tres peniques de mi bolsillo eran una fortuna para aquella caterva, y con objeto de hacer desaparecer cualquier posibilidad de envidia me desprendí de las monedas. Me despedí de mis amigos y, con el corazón saltándome en el pecho, avancé por la calle y me situé en la cola. Aquella pobre gente que se tambaleaba hacia la muerte tenía un aspecto calamitoso, más calamitoso de lo que pueda imaginarse.

Junto a mí había un hombre bajo y fornido. Fuerte y sano, aunque ya mayor, de facciones marcadas, con la dura y curtida piel proporcionada por años de exposición al sol y a los vientos, tenía los inconfundibles rostro y ojos del hombre de mar. Y al instante me vino a la memoria un fragmento del "Galeote" de Kipling:

*Con el estigma de mis hombros, con las heridas de grilletes de acero;  
Con las señales que me dejaron los látigos, con las heridas que nunca sanan;  
Con los ojos envejecidos escrutando el soleado mar, Estoy pagado por mis servicios...*

Cuán acertado estuve en mi suposición y cuán apropiado era el poema lo sabrán enseguida.

—No lo aguantaré mucho tiempo, no señor —se quejaba a su vecino—. Destrozaré un escaparate, uno muy grande, y me meterán entre rejas catorce días. Entonces tendré dónde dormir y mejor comida que aquí. Aunque echaré de menos mi tabaco —dijo esto último con resignación—. He pasado dos noches al raso —continuó—; la noche pasada me empapé, y no estoy dispuesto a aguantarlo más. Me estoy haciendo viejo y cualquier mañana me encontrarán muerto.

Se volvió hacia mí con fiereza.

—No llegues a viejo, muchacho. Muérete siendo joven o acabarás como yo. Te lo aseguro. Tengo ochenta y siete años y he servido a mi país como un hombre. Tres galones por buena conducta y la Cruz Victoria, y esto es lo que recibo a cambio. Ojalá estuviera muerto, ojalá lo estuviera.

Se le humedecieron los ojos, pero antes de que el otro lo consolara se puso a tararear una canción de marineros como si en el mundo no existieran las penas.

Ante mi insistencia, me contó esta historia mientras esperaba en la cola del albergue, después de pasar dos noches a la intemperie:

De niño se había alistado en la marina británica, y durante más de dos enganches sirvió bien y fielmente. Nombres, fechas, comandantes, puertos, escaramuzas y batallas brotaban de sus labios como un río inagotable, pero me resulta imposible recordarlos y no podía tomar notas a la puerta de un albergue para pobres. Había estado en lo que él llamaba la Primera guerra de China; se alistó en la Compañía de las Indias Orientales y sirvió diez años en la India; regresó allí, con la armada inglesa, en la época de la insurrección; había tomado parte en las guerras de Birmania y de Crimea; y, además, había luchado y trabajado para la bandera inglesa en casi todo el planeta.

Y entonces sucedió. Algo casi sin importancia en un principio: tal vez al teniente no le había sentado bien el desayuno; o acaso se acostara tarde la noche anterior; o sus deudas le tenían preocupado; o el comandante le había hablado con brusquedad. Lo cierto es que aquel día el teniente estaba irritable. El marinero, junto con otros, estaba preparando el aparejo de proa.

No olvidemos que el marinero llevaba cuarenta años en la armada, tenía tres galones por buena conducta y poseía la Cruz Victoria por servicios distinguidos en combate; es decir, que no podía ser un mal marinero. Pero el teniente estaba irritable, le insultó; fue un insulto desagradable. Se refería a la madre del marinero. Cuando yo era pequeño teníamos por norma pelear como demonios si se dedicaba tal insulto a nuestras madres; y en mi país muchos hombres han muerto al insultar con esas palabras a las madres de otros hombres.

Sea como fuere, el teniente insultó a la madre del marinero. Éste, en aquel momento, tenía en las manos una barra de hierro. Sin dudarle, golpeó con ella la cabeza del teniente, haciéndolo caer por la borda. Entonces, según palabras del propio marinero:

—Me di cuenta de lo que había hecho. Conocía las ordenanzas y me dije: "Estás acabado, Jack, muchacho; así es que allá voy". Y salté tras él, decidido a ahogarme con él. Y lo hubiese conseguido de no haber sido porque se nos acercó la barcaza del buque insignia. Al emerger a la superficie yo lo tenía sujeto y le estaba dando de puñetazos. Esto es lo que me perdió. De no haber estado golpeándolo podía haber dicho que, al ver lo que había hecho, salté por la borda para salvarle.

Hubo consejo de guerra, o como quiera que se llame en la marina. Me recitó la sentencia, letra por letra, como si se la hubiese aprendido de memoria y repetido amargamente muchas veces. Y éste es, en aras de la disciplina y del respeto a oficiales que no siempre son caballeros, el castigo recibido por un hombre culpable de haberse portado con hombría. Ser degradado a marinero raso; perder las pagas que se le debían; privársele del derecho a pensión; renunciar a la Cruz Victoria; ser expulsado de la marina por su carácter (ésta era su mayor ofensa); recibir cincuenta latigazos; y pasar dos años en prisión.

—Ojalá me hubiese ahogado aquel día, ojalá Dios lo hubiese querido —terminó, al tiempo que la cola avanzaba y doblábamos la esquina.

Al fin pudimos ver la puerta, por la que los indigentes eran admitidos por grupos. Y entonces me enteré de algo sorprendente: *siendo miércoles, ninguno de nosotros podría salir hasta el viernes por la mañana*. Y lo que era peor —tomen nota los fumadores—: *no se nos permitiría entrar con tabaco*. Había que entregarlo en la puerta. A veces, me dijeron, lo devolvían al salir, y otras veces era destruido.

El viejo guerrero me dio una lección. Abriendo su bolsa, vació el tabaco (una cantidad exigua) en un pedazo de papel. Lo envolvió de cualquier manera y lo escondió en el calcetín. Yo hice lo mismo, ya que cuarenta horas sin tabaco es una prueba demasiado dura para cualquier fumador.

La cola avanzó una y otra vez y nos fuimos acercando a la puerta, lenta pero inexorablemente. En un momento en el que estuvimos sobre unas rejas, bajo nosotros apareció un individuo al que el viejo marino preguntó:

—¿Cuántos más caben?

—Veinticuatro —respondió.

Miramos con ansiedad hacia delante y contamos. Había treinta y cuatro delante de nosotros. En los consternados rostros que me rodeaban se reflejaba el desencanto. No es nada agradable, cuando se está hambriento y sin blanca, enfrentarse con la perspectiva de pasar la noche en la calle. Pero no perdimos la esperanza, hasta que, cuando todavía nos precedían diez hasta la entrada, el portero nos echó.

—Completo —fue todo lo que dijo mientras cerraba la puerta.

Como un rayo, pese a sus ochenta y siete años, el viejo marinero salió disparado con la improbable esperanza de encontrar cobijo en otra parte. Yo me quedé a discutir con otros dos tipos, expertos en alojamiento

tos circunstanciales, sobre dónde era más conveniente dirigirse. Decidieron probar en el albergue de Poplar, a unas tres millas, y hacia allí nos encaminamos.

Al doblar la esquina uno de ellos comentó:

—Hoy no había manera de entrar. Vine a la una y ya había cola... mimados como gatitos, eso es lo que son. Siempre dejan entrar a los mismos, noche tras noche.

### CAPÍTULO VIII EL CARRETERO Y EL CARPINTERO

*No es el miedo a morir, ni siquiera a morir de hambre, lo que hace a un hombre desgraciado. Muchos hombres han muerto; todos los hombres han de morir. Es vivir miserablemente, sin que sepamos porqué; trabajar duro y no ganar nada; tener el corazón agotado, abrumado, solitario, en medio de un helado y universal laissez faire.*

CARLYLE

Al Carretero, con su rostro noble, con perilla y sin bigote, en Estados Unidos lo hubiese tomado por cualquier cosa, desde capataz a granjero acomodado. En cuanto al Carpintero... bueno, le hubiese tomado por carpintero. Flaco y fibroso, con ojos sagaces y escudriñadores y manos retorcidas que habían sostenido herramientas durante cuarenta y siete años, tenía todo el aspecto de ser lo que era. El gran problema de estos hombres consistía en que eran viejos, y sus hijos, en vez de crecer para cuidarlos, habían muerto. Los años habían podido con ellos, y se habían visto desplazados del negocio por competidores nuevos y más jóvenes que les quitaron el trabajo.

Estos dos hombres, rechazados en el albergue de Whitechapel, se dirigían conmigo al de Poplar. No había muchas posibilidades, pensaban, pero aún podíamos confiar en la casualidad. O entrábamos en Poplar o nos quedábamos toda la noche en la calle. Ambos ansiaban una cama, pues confesaban estar "en las últimas". El Carretero, a sus cincuenta y ocho años, había pasado tres noches al cielo raso y sin dormir, mientras que el Carpintero, de sesenta y cinco, llevaba cinco a la intemperie.

Pero, ¡oh, queridas gentes de vida fácil!, hartos de comer bien, con camas blandas y habitaciones ventiladas, ¿cómo os podría hacer comprender lo que sufriríais si tuviérais que pasar una fatigosa noche en las calles de Londres? Creedme, imaginaríais que han pasado mil siglos antes de que la aurora iluminase el oriente; temblaríais y gritaríais por el dolor de cada uno de vuestros músculos, y os maravillaríais de poder soportar tanto y seguir con vida. Si os sentaríais en un banco y se os cerraran los *ojos*, un policía os despertaría con la seca orden de "Circule". Podríais descansar en un banco, aunque éstos son escasos y están muy separados entre sí; pero si descanso significa dormir, entonces te encuentras con que hay que "circular", arrastrando vuestro cuerpo agotado por calles interminables. Y si con desesperada astucia buscárais algún oculto callejón, un oscuro pasaje, y os acostaríais en el suelo, también de allí el omnipresente policía os echaría. Cumple con su obligación. La ley de los poderosos dice que los pobres han de ser echados de un sitio tras otro.

Pero al llegar el alba, cuando se diese fin a la pesadilla, regresaríais a vuestros hogares donde os repondríais, y hasta el final de vuestros días podríais contar la historia de esa aventura a vuestros embobados amigos. Sería una estupenda historia. Una breve noche de ocho horas se habría convertido en una odisea, y vosotros en Homeros.

No sucede así con las gentes sin hogar que caminaban conmigo hacia Poplar. Y esa noche había treinta y cinco mil como ellos, hombres y mujeres, en la ciudad de Londres. Por favor, olvidadlo cuando os vayáis a la cama; si vuestra vida es tan amable como se supone, acaso no descansaríais tan bien como de costumbre. Pero para ancianos de sesenta, setenta u ochenta años, mal alimentados, sin un buen bocado que llevarse a la boca, tener que recibir el alba sin haber descansado, y tambalearse durante el día buscando desperdicios afanosamente, con la noche implacable cayendo de nuevo sobre ellos, y hacer lo mismo durante cinco noches y cinco días... Oh, queridas gentes de vida fácil, hartos de manjares, ¿cómo podríais llegar a comprenderlo?

Pasé por Mile End Road con el Carretero y el Carpintero a mi lado. Mile End Road es una calle ancha que cruza el corazón del este de Londres, y en ella había decenas de miles de personas extrañas. Explico esto para que puedan comprender lo que describiré en el párrafo siguiente. íbamos andando, y yo maldije

con ellos, y lo hice como lo haría un granuja americano embarrancado en una tierra extraña y terrible. Y, tal como intentaba hacerles creer, me tomaron por un "hombre de mar" que había gastado su dinero llevando una vida de francachelas, que había perdido sus ropas (algo bastante frecuente en los marineros) y estaba provisionalmente arruinado mientras trataba de encontrar un barco. Esto justificaba mi ignorancia de las costumbres inglesas en general y del alojamiento circunstancial en particular, y mi curiosidad sobre ese asunto.

Al Carretero le costaba seguir el ritmo de nuestros pasos (me confesó que no había comido nada en todo el día), pero el Carpintero, flaco y hambriento, con el gris y gastado abrigo flotando al viento, se movía con pasos largos y continuos que me recordaban al lobo de las praderas o al coyote. Ambos mantenían los ojos fijos en la acera y, de vez en cuando, uno u otro se inclinaba y recogía algo sin dejar de andar. Creí que recogían colillas, y al principio no presté atención. Pero luego me di cuenta de lo que se trataba.

*Recogían, de la acera fangosa y llena de escupitajos, trozos de piel de naranja y de manzana, restos de uva, y los comían. Rompían con los dientes huesos de ciruela para aprovechar la almendra. Recogían mendrugos de pan del tamaño de un guisante, corazones de manzana tan negros y sucios que no parecían tales, y esas cosas se las llevaban a la boca, las masticaban y las engullían. Y esto sucedía entre las seis y las siete de la tarde, el 20 de agosto del año de gracia de 1902, en el corazón del más grande, más rico y más poderoso imperio que el mundo jamás ha visto.*

Los dos hombres charlaban. No eran estúpidos, sólo un par de viejos. Y, naturalmente, con las entrañas llenas de las porquerías del asfalto, hablaban de revolución. Hablaban como lo harían los anarquistas, los fanáticos y los locos. ¿Y quién les podría culpar por ello? A pesar de mis tres buenas comidas al día, y de la buena cama que podía ocupar cuando quisiera, y de mi filosofía social, y de mi creencia en el lento desarrollo y metamorfosis de las cosas... a pesar de todo ello, insisto, me sentía impulsado a decir sandeces como ellos o sujetar mi lengua. ¡Pobres locos! No son los de su especie los que hacen las revoluciones. Cuando estén muertos y convertidos en polvo, cosa que no tardará en ocurrir, otros dementes hablarán de revolución mientras recogen porquerías de la acera llena de escupitajos en Mile End Road, camino del albergue de Poplar.

Viéndome joven y extranjero, el Carretero y el Carpintero me explicaron la situación y me dieron un consejo, breve y conciso: abandonar el país.

—Todo lo deprisa que Dios me permita —aseguré—. Y lo haré a tal velocidad que no se verá ni el polvo de mi carrera.

Más que comprenderlas, sintieron la fuerza de mis palabras. Asintieron con aprobación.

—Esto te convierte en un criminal quieras que no —dijo el Carpintero—. Aquí me tienes, un viejo. Los jóvenes han ocupado mi lugar, mis ropas cada vez son más andrajosas, y cada día me resulta más difícil encontrar trabajo. Voy al albergue buscando un jergón. Tengo que estar allí a las dos o las tres de la tarde o si no, no me lo dan. Ya habéis visto lo que ha pasado hoy. ¿Cómo voy a encontrar un trabajo? Supongamos que me admiten en el albergue. Me tienen encerrado todo el día siguiente y no me sueltan hasta la mañana del otro. ¿Y entonces qué? La ley dice que no puedo ir a otro albergue que esté a menos de diez millas. Tengo que apresurarme para llegar a tiempo. ¿Qué oportunidades me deja para encontrar un trabajo? Supongamos que no vaya. Supongamos que busco trabajo. Sin que me dé cuenta, se me ha echado la noche encima y me quedo sin jergón. Toda la noche sin dormir, nada que comer, ¿y cómo aguanto al día siguiente para buscar trabajo? Tengo que arreglármelas para dormir en el parque (la visión de Christ's Church, en Spitafield, no me había abandonado) y conseguir algo que comer. ¡Y aquí estoy! Viejo, caído y sin que me dejen levantarme.

—Aquí había una barrera de peaje —dijo el Carretero—. He pagado aquí muchas veces el peaje en mis tiempos de carretero.

—En dos días sólo me he zampado tres bollos de a penique —anunció el Carpintero después de una pausa—. Ayer me comí dos, y hoy me he comido el tercero —aclaró después de otra larga pausa.

—Para hoy no tengo nada —dijo el Carretero—. Estoy hecho polvo. Y las piernas me duelen un montón.

—El bollo que te dan en el "clavo" es tan duro que no te lo puedes tragar si no es con una pinta de agua —comentó el Carpintero.

Al preguntarle qué era el "clavo", contestó:

—El alojamiento circunstancial. Es jerga, ¿sabes?

Me sorprendió que la palabra "jerga" formase parte de su vocabulario; antes de separarnos pude comprobar que éste no era nada pobre.

Les pregunté qué trato podía esperar si era admitido en Poplar, y entre los dos me dieron mucha información. Después de un baño frío se me daría una cena consistente en seis onzas de pan y tres partes de gachas. "Tres partes" quiere decir tres cuartos de pinta, y "gachas" es una cocción semilíquida de tres partes de avena diluida en tres cubos y medio de agua caliente.

—¿Leche y azúcar, supongo, y una cuchara de plata? —pregunté.

—No temas. Sal es lo que te darán, y he visto lugares donde no te dan ni cuchara. Se levanta y se engulle, así es como se hace.

—Te dan buenas gachas en Hackney —comentó el Carretero.

—Ah, esas sí son buenas —alabó el Carpintero, e intercambiaron una mirada elocuente.

—Harina y agua en St. George —dijo el Carretero. El Carpintero asintió. Las había probado todas. —¿Y después qué? —insistí.

Y me explicaron que me enviarían directamente a la cama.

—Te despertarán a las cinco y media de la mañana y te obligarán a quitarte las legañas, si hay jabón. Y luego el desayuno, igual que la cena, tres partes de gachas y una hogaza de tres onzas.

—No siempre es de tres onzas —corrigió el Carretero.

—Cierto, y a veces está tan rancia que casi no se puede comer. Al principio no me podía comer ni las gachas ni el pan, pero ahora me como los míos y los del vecino.

—Yo me podría comer las raciones de tres hombres —dijo el Carretero—. No he probado nada en todo el día.

—¿Y después qué?

—Tienes que hacer tu trabajo: seleccionar cuatro libras de estopa, o limpiar y fregar, o partir un montón de piedras. Yo no tengo que partir piedras; paso de los sesenta. Pero a ti sí te lo harán hacer. Eres joven y fuerte.

—Lo que no me gusta —protestó el Carretero— es que me encierren en una celda para seleccionar estopa. Es como estar en la cárcel.

—Supongamos que después de pasar la noche me niego a seleccionar estopa, o a partir piedras, o hacer ningún tipo de trabajo —apunté.

—No te negarás una segunda vez; te echarán —contestó el Carpintero—. No te aconsejo que lo intentes, muchacho. Luego dan la comida —continuó—. Ocho onzas de pan, once y media de queso, y agua fresca. Cuando se termina el trabajo dan la cena, como antes, tres partes de gachas y seis onzas de pan. A la cama a las seis, y a la mañana siguiente a la calle, siempre y cuando se haya terminado la faena.

Hacia rato que habíamos dejado Mile End Road, y después de cruzar un laberinto de calles estrechas llegamos al alojamiento circunstancial de Poplar. En un muro bajo extendimos nuestros pañuelos y cada uno puso en el suyo sus pertenencias, excepto el tabaco, que escondimos en los calcetines. Hecho esto, y mientras las últimas luces del día se desvanecían en el cielo parduzco mientras el viento soplaba helándonos, nos situamos con nuestros ridículos fardillos en la mano ante la puerta del albergue.

Pasaron tres muchachas trabajadoras, y una de ellas me miró con pena; al rebasarnos, la seguí con los ojos y ella volvió la cabeza para mirarme otra vez con pena. No se fijó en los ancianos. ¡Por Cristo, tuvo pena de mí, un ser joven y fuerte, pero no de los dos ancianos que estaban conmigo! Era una mujer joven, yo era un hombre joven, pero cualesquiera que fuesen las pulsiones sexuales que la empujaron a sentir piedad por mí, sus sentimientos se situaban en el más bajo nivel. Sentir piedad por los ancianos es un sentimiento altruista, y por otra parte, la puerta de un albergue es un lugar en el que abundan los ancianos. Así que no sintió pena de ninguno de ellos, sino de mí, que no la necesitaba en absoluto. No es honrando sus canas como los enterrarán en Londres.

En un lado de la puerta estaba el tirador de una campanilla, en el otro, el botón de un timbre.

—Tira de la campanilla —me dijo el Carretero.

Estiré el tirador y sonó la campanilla.

—¡Oh! ¡Oh! —gritaron aterrados—. ¡No tan fuerte!

Solté el tirador y me miraron con un reproche en los ojos, como si acabara de poner en peligro su posibilidad de obtener una cama y tres partes de gachas. No acudió nadie. Por fortuna, la campanilla no funcionaba. Me sentí mejor.

—Aprieta el botón —le dije al Carpintero.

—No, no, esperemos —se apresuró a contestar.

De esta situación saqué la conclusión de que el portero de una casa de caridad, que normalmente obtiene un salario anual de siete a nueve libras, es un personaje muy fatuo e importante, y no puede ser tratado desconsideradamente por los pobres.

De manera que esperamos, y cuando la espera empezaba a parecerme excesiva, el Carretero adelantó un dedo tímido y con cautela apretó levemente el timbre. He contemplado a hombres esperando saber si iban a vivir o no; y sus rostros mostraban menos ansiedad que los de mis dos compañeros mientras aguardaban la llegada del portero.

Éste apenas nos dirigió una mirada.

—Estamos a tope —dijo, y cerró la puerta.

—Otra noche horrible —murmuró el Carpintero. Bajo la escasa luz, el Carpintero tenía el rostro pálido y gris.

La caridad indiscriminada aumenta el vicio, dicen los filántropos profesionales. Así que decidí actuar como un vicioso.

—Vamos, coja su cuchillo y sígame —le dije al Carretero, arrastrándolo a un callejón oscuro.

Me miró asustado e intentó escabullirse. Posiblemente me tomó por un nuevo Jack el Destripador interesado en los ancianos indigentes. O creyó que le estaba induciendo a cometer algún crimen desesperado. Sea lo que fuere, estaba asustado.

Recordarán que, al inicio de mi aventura, cosí una libra en el sobaco de mi camiseta. Era mi fondo de emergencia, y ahora iba a utilizarlo por primera vez.

Hasta que hube realizado un número de contorsionista para enseñarle la moneda cosida bajo la camiseta no conseguí que el Carretero me ayudara. Incluso entonces su mano temblaba de tal manera que tuve miedo de que me cortara a mí en vez de las costuras, y me vi obligado a quitarle el cuchillo y hacerlo yo. Salió a la luz la moneda de oro, una fortuna para sus ojos hambrientos, y salimos a paso rápido hacia el café más próximo.

Tuve que explicarles que yo era simplemente un investigador, un estudioso social que intentaba averiguar cómo vivía la otra mitad de la población. E inmediatamente se cerraron como almejas. Yo no era uno de ellos; mi manera de hablar había cambiado, el tono de mi voz era distinto, en resumen, era un individuo superior, y ellos habían desarrollado una gran conciencia de clase.

—¿Qué queréis? —les pregunté cuando se acercó el camarero.

—Dos rebanadas y una taza de té —dijo el Carretero humildemente.

—Dos rebanadas y una taza de té —dijo también con humildad el Carpintero.

Detengámonos a considerar la situación. He aquí a dos personas a las que yo había invitado a entrar en el café. Habían visto mi moneda de oro y se daban cuenta de que yo no era un indigente. Uno de ellos sólo había comido en todo el día un bollo de medio penique; el otro no había comido nada. ¡Y sólo pedían dos rebanadas y una taza de té! Cada uno había pedido por valor de dos peniques. Por cierto, la expresión "dos rebanadas" significa dos trozos de pan con mantequilla.

Su pose de degradante humildad era la misma que habían tomado con el portero del albergue. Pero yo no estaba dispuesto a admitirla. Paso a paso fui pidiéndoles más cosas —huevos, bacon, más huevos, más bacon, más té, más rebanadas, etc.— mientras ellos afirmaban angustiados que no querían más, pero devorándolo todo en cuanto se les ponía delante.

—Ésta es la primera taza de té que he tomado en dos semanas —dijo el Carretero.

—Es un té soberbio —arguyó el Carpintero.

Cada uno se bebió dos pintas, y puedo asegurarles que era malísimo. Su parecido con el té era menor que el que la cerveza barata tiene con el champaña. Era agua sucia, nada parecida al té.

Fue curioso, tras la primera sorpresa, observar el efecto que les causó la comida. Al principio se sintieron melancólicos y hablaron de las distintas ocasiones en que habían pensado en suicidarse. El Carretero no hacía aún una semana que se había encaramado al pretil de un puente y, mientras miraba el agua, estuvo considerando esa cuestión. El agua, insistió el Carpintero con vehemencia, era un mal asunto. Seguro de que lucharía para no ahogarse. Era más práctica una bala, ¿pero cómo iba conseguir un revólver? Éste era el problema.

Se fueron animando a medida que se llenaban el cuerpo de té caliente y empezaron a hablar más de sí mismos. El Carretero había perdido a su mujer y a sus hijos, salvo uno, que acabó ayudándolo en su trabajo. Pero aconteció una desgracia. El hijo, un hombre de treinta y un años, murió de viruela. El padre cayó enseguida con fiebre y permaneció tres meses en el hospital. Esto acabó con él. Cuando salió, estaba débil, sin fuerzas, sin un hijo joven y decidido que pudiera prestarle ayuda, su pequeño taller hundido, y ni un

penique en el bolsillo. Todo había acabado para él. Era demasiado viejo para volver a empezar. Sus amigos eran pobres y no podían ayudarlo. Intentó encontrar trabajo cuando montaban las tribunas para el desfile de la Coronación. Y la respuesta le puso enfermo: ¡No! ¡no! ¡no! La oía por las noches, cuando intentaba dormir, siempre lo mismo: ¡No! ¡no! ¡no!

La semana pasada había contestado a un anuncio, y cuando manifestó su edad le dijeron:

—Oh, muy viejo, demasiado viejo.

El Carpintero había nacido en el ejército, donde su padre sirvió durante veintidós años. Sus dos hermanos también se hicieron soldados; uno de ellos, sargento mayor en el Séptimo de Húsares, murió en la India después de la revuelta; el otro, tras servir nueve años en Oriente a las órdenes de Roberts, había desaparecido en Egipto. El Carpintero no se alistó, gracias a lo cual todavía estaba en este planeta.

—Pero déme la mano —dijo abriéndose la harapienta camisa—. Estoy a punto de quedar disecado. Me consumo, señor, me consumo por falta de alimentos. Pálpeme las costillas y ya verá.

Puse la mano debajo de su camisa y lo toqué. La piel estaba tensa como parche sobre los huesos, y me dio la sensación de estar pasando la mano por una tabla de lavar ropa.

—Durante siete años estuve en la gloria —dijo—. La mejor parienta que se puede tener y tres chavales preciosos. Pero murieron. La escarlatina se los llevó en dos semanas.

—Después de eso, señor —dijo el Carretero señalando los restos del festín y deseando llevar la conversación a un terreno más alegre—, voy a ser incapaz de zamparme el desayuno que dan en los albergues.

—Lo mismo digo —estuvo de acuerdo el Carpintero. Y se pusieron a hablar de las delicias de la comida y de los excelentes platos que sus respectivas esposas les habían preparado en el pasado.

—Llevo tres días casi en ayunas —dijo el Carretero.

—Y yo cinco —repuso su compañero, entristecido al pensarlo—. Cinco días, sin nada en la tripa salvo una piel de naranja; que ni el ser más acanallado podría soportar, señor, y he estado a punto de morir. A veces, andando de noche por las calles me he sentido tan desesperado que he pensado jugarme el todo por el todo. Ya sabe lo que quiero decir, señor: cometer un gran robo. Pero cuando llegaba la mañana, me sentía tan derrotado por el hambre y el frío que no podía hacerle daño a una mosca.

A medida que sus pobres organismos se entonaban gracias a la comida, empezaron a relajarse y a mostrarse más abiertos, y hablaron de política. Sólo puedo decir que sus opiniones políticas eran tan buenas como las del hombre de clase media corriente, y bastante mejores que las de muchos hombres de esa clase que conozco. Lo que me sorprendió fue su conocimiento del mundo, de su geografía y de sus gentes, y de la historia reciente. Como dije, no eran estúpidos. Eran simplemente viejos, y sus hijos no habían conseguido crecer hasta poder proporcionarles un lugar junto al fuego.

Hubo un último incidente, mientras me despedía de ellos en la esquina, felices al verse con un par de chelines en los bolsillos y la seguridad de encontrar una cama para pasar la noche. Al prender un cigarrillo, iba a tirar la cerilla encendida cuando el Carretero me la arrebató de la mano. Le ofrecí la caja, pero me dijo:

—No se moleste, no la desperdicie, señor.

Y en tanto encendía el cigarrillo que yo le había dado, el Carpintero se apresuró en llenar su pipa con objeto de prenderla con la misma cerilla.

—No se debe despilfarrar —comentó.

—Sí —asentí, pero estaba pensando en las costillas como una tabla por las que había pasado mi mano.

## CAPÍTULO IX EL CLAVO

*Los antiguos espartanos usaban métodos sabios; salían y daban caza a sus ilotas, y cuando eran demasiados los alanceaban y empalaban. Con nuestros adelantados métodos de caza, tras la invención de las armas de fuego y la creación de ejércitos regulares, ¡cuán fácil es abatir las presas! Incluso en el país más densamente poblado bastarían tres días al año para suprimir a todos los pobres sanos que se hubieran creado durante ese año.*

CARLYLE

Ante todo, debo pedir perdón a mi cuerpo por lo que le he hecho pasar, y también a mi estómago por las basuras que le he hecho digerir. He estado en el clavo, he dormido en el clavo y he comido en el clavo; y también me he escapado del clavo.

Tras mis dos fracasados intentos de entrar en el alojamiento circunstancial de Whitechapel, la tercera vez fui temprano y me uní a la mísera cola antes de las tres de la tarde. Aunque no abrían hasta las seis, a aquella temprana hora yo tenía ya el número veinte y corría el rumor de que sólo admitirían a veintidós. A eso de las cuatro había ya treinta y cuatro en la cola, los diez últimos con la leve esperanza de poder entrar gracias a algún milagro. Vinieron muchos más; le echaban un vistazo a la cola y se marchaban, comprendiendo amargamente que el clavo estaba ya lleno.

Al principio, casi no había conversación, hasta que el tipo que tenía delante y el de detrás descubrieron que habían estado enfermos de viruela en el mismo hospital y al mismo tiempo, aunque el hecho de que hubiera mil seiscientos pacientes había impedido que se conocieran. Pero subsanaron esa circunstancia discutiendo y comparando los aspectos más desagradables de su enfermedad de la manera más tranquila y natural del mundo. Me enteré de que la mortalidad era de uno por cada seis enfermos, que uno de ellos había permanecido allí tres meses y el otro tres meses y medio y que ambos estaban "podridos". En este punto se me empezaron a poner los pelos de punta y les pregunté cuánto hacía que estaban fuera. Dos semanas uno y tres semanas el otro. Sus rostros se veían demacrados, aunque se dijeron el uno al otro que no era así y, además, en sus manos y bajo las uñas aún podían observarse las costras. Para ilustrarme uno de ellos se arrancó una pústula, que voló por los aires. Me encogí en mis ropas, deseando en silencio que no me hubiese caído encima.

En ambos casos la viruela habían sido la causa de que fueran a parar al arroyo, que era como llamaban a convertirse en vagabundos. Ambos tenían empleo cuando fueron atacados por la enfermedad, y ambos habían salido del hospital ya arruinados, con la sombría labor de tener que encontrar trabajo. Hasta ese momento no lo habían conseguido, por lo que acudieron al clavo en busca de "descanso", después de estar tres días y tres noches vagando por las calles.

Parece que no sólo quien se hace viejo es castigado por la desgracia, ajena a ellos, de perder su trabajo, sino también el que sufre una enfermedad o un accidente. Más tarde estuve conversando con otro individuo —apodado Jengibre— que se hallaba a la cabeza dula cola, señal inequívoca de que esperaba desde la una. Un año antes, siendo empleado de un pescadero, transportaba una caja de pescado demasiado pesada para él. Resultado: "algo se le rompió" y tanto él como la caja rodaron por el suelo.

En el primer hospital al que le llevaron le dijeron que se le había producido una hernia, le apretaron el bulto, le dieron una pomada para que se diera friegas, lo hicieron descansar durante cuatro horas y lo enviaron a casa. No llevaba más de dos o tres horas en la calle cuando de nuevo cayó al suelo. Esta vez fue a parar a otro hospital, donde lo remendaron. Pero el asunto es que su patrón no hizo nada, absolutamente nada, por el hombre que había trabajado hasta entonces para él, e incluso se negó a darle "un trabajillo aunque fuera de vez en cuando" una vez hubo salido del hospital. Jengibre es un hombre roto. Su única forma de ganarse la vida era asumiendo un trabajo pesado. Ahora es incapaz de realizarlo, y hasta que muera lo único que puede esperar en cuanto a comida y techo son el clavo, la mendicidad y las calles. Las cosas son así y no había que darle más vueltas. Sometió su espalda a un peso excesivo y su oportunidad de ser feliz en la vida se evaporó.

Varios tipos de la cola habían estado en Estados Unidos, y se lamentaban de no haberse quedado. Se maldecían por haber cometido la locura de regresar a Inglaterra. Ésta se había convertido para ellos en una prisión, una cárcel de la que no tenían esperanzas de escapar. No tenían la posibilidad de arañar el dinero necesario para el pasaje, ni la oportunidad de pagarlo con su trabajo. El país estaba demasiado atestado de pobres diablos con el mismo propósito.

Yo interpreté el papel del marinero que ha perdido sus ropas y su dinero, y todos lo lamentaron y me dieron muchos consejos sensatos. Resumiéndolos, venían a ser poco más o menos los siguientes: Mantenerme alejado de lugares como el clavo. Allí no encontraría nada bueno. Dirigirme a la costa y hacer cuanto fuera necesario para marcharme en un barco. Trabajar, de ser posible, y agenciarme algunas libras con las que sobornar a algún camarero u otro empleado para que me diera la oportunidad de pagar el pasaje con mi trabajo. Me envidiaban mi juventud, que tarde o temprano me permitiría salir del país. Ellos ya no tendrían ni juventud ni la oportunidad de irse. La edad y la opresión de Inglaterra los había destrozado, y para ellos el juego estaba acabado.

Había uno, sin embargo, que aún era joven y del que estoy seguro que al final conseguirá escapar. Había ido a Estados Unidos siendo adolescente, y durante catorce años sólo había pasado doce horas sin empleo. Ahorró, pudo prosperar y regresó a su patria. Ahora estaba en la cola del agujero.



Me contó que durante los dos últimos años estuvo trabajando como cocinero. Su horario era de 7 de la mañana a las 10,30 de la noche, y los sábados hasta las 12,30, pasada la medianoche; por noventa y cinco horas a la semana percibía un sueldo de veinte chelines, esto es, cinco dólares.

—Pero el trabajo y el horario me estaban matando —dijo—, y tuve que dejar el empleo. Tenía unos ahorros, pero los gasté en vivir mientras buscaba otro empleo.

Era su primera noche en el clavo, y sólo había acudido allí para descansar. En cuanto saliese tenía el propósito de dirigirse a Bristol, un paseo de ciento diez millas, donde esperaba embarcarse hacia Estados Unidos.

Pero no todos los hombres de la cola eran de este calibre. Algunos eran pobres bestias miserables, estúpidas y analfabetas, aunque a pesar de todo muy humanos en ciertos aspectos. Recuerdo a un carretero que, al regresar a casa después de un día de trabajo, detuvo su carro delante de nosotros para que su hijo, que había salido corriendo a recibirle, pudiera montar. Pero el carro era grande y el muchacho pequeño, de modo que fracasó varias veces en sus intentos de encaramarse. Entonces, uno de los individuos con aspecto más degradado se adelantó y lo ayudó a subir. Un acto hecho por amor, no por dinero. El carretero era pobre y el hombre lo sabía; el hombre estaba en la cola del clavo y el carretero lo sabía; el hombre hizo su pequeña buena acción y el carretero le dio las gracias, exactamente igual que ustedes y yo hubiésemos hecho.

Otra escena hermosa fue la protagonizada por el "Lúpulo" y su parienta. Llevaba media hora haciendo cola cuando se presentó su parienta. Para su clase, iba bastante bien arreglada, con un sombrero viejo cubriéndole la cabeza canosa, y sostenía un fardo en los brazos. Mientras hablaban, el hombre le tomó el único mechón blanco que pendía suelto y se lo colocó cuidadosamente detrás de la oreja. De lo cual se deducen varias cosas: la mujer le gustaba lo suficiente como para desear que su aspecto fuera limpio y aseado. Estaba orgulloso de ella y quería que tuviese una buena apariencia a los ojos de los otros desgraciados que permanecían en la cola del clavo. Pero lo más importante, y que subrayaba todo ello, era el profundo afecto que sentía por ella; un hombre no acostumbra a preocuparse por el aspecto de una mujer que no le interesa.

Me pregunté por qué este hombre y esta mujer, trabajadores ejemplares según deduje de sus palabras, tenían que buscar cobijo en un hogar para indigentes. Él tenía su orgullo, orgullo por su mujer y de sí mismo. Al preguntarle cuánto podía ganar, yo, un novato, recogiendo lúpulo, me agarró por su cuenta y me dijo que eso dependía. Muchos individuos fracasaban porque recolectando eran lentos. Para tener éxito había que utilizar la cabeza y ser rápido con los dedos, muy rápido. Él y su mujer se ganaban bien la vida, trabajaban uno junto al otro sin dormirse en los laureles; pero, desde luego, ellos llevaban ya muchos años en el oficio.

—Un compa que fue el año pasado —dijo uno— era la primera vez, pero volvió con dos libras y diez chelines en el bolsillo, y sólo estuvo un mes.

—Ahí lo tienes —dijo el Lúpulo con admiración—. Era rápido, había nacido para eso, vaya.

¡Dos libras y diez chelines —doce dólares y medio— por un mes de trabajo habiendo «nacido para ello»! Y encima durmiendo a la intemperie, sin mantas, viviendo sabe Dios cómo. A veces siento gratitud por no «haber nacido» para nada, ni siquiera para recoger lúpulo.

Sobre cómo equiparme para ejercer su oficio, el Lúpulo me dio algunos buenos consejos, que ustedes, gentes de vida muelle y acomodada, podrían anotar para el caso de que se encontrasen alguna vez perdidos en Londres.

—Si no tienes latas y trastos para cocinar, todo lo que vas a conseguir será pan y queso. ¡Y eso no es nada bueno! Hay que tomar té bien caliente, verduras y un poco de carne de vez en cuando si se quiere hacer bien el trabajo. No se puede con las tripas vacías. Te diré lo que has de hacer, tío. Date una vuelta por los basureros. Encontrarás cantidad de latas en qué cocinar. Estupendas, magníficas algunas de ellas. Así es como mi parienta y yo conseguimos las nuestras. (Señaló el fardo, mientras ella asentía con orgullo, consciente de su éxito y prosperidad.) Este abrigo es tan bueno como una manta —prosiguió, ofreciéndome el faldón para que pudiese comprobar su espesor—. Y quién sabe, igual encuentras una manta enseguida. Otra vez asintió la mujer, esta vez absolutamente persuadida de que él *si podría encontrar* una manta muy pronto.

—Recoger lúpulo es como irse de vacaciones —concluyó entusiasmado—. Una manera guay de ahorrar tres libras y prepararse para el invierno. Lo único que no me gusta (y aquí apareció la única nube en el panorama) es tener que darle a los pies.

Era evidente que los años estaban haciendo mella en esta emprendedora pareja, y aun cuando les gustaba trabajar con las manos, darle a los pies, andar, empezaba a resultarles fatigoso. Contemplé sus cabellos canos, quise vislumbrar también su futuro a diez años vista y me pregunté qué sería de ellos.

Otro hombre y su mujer, ambos de más de cincuenta años, se unieron a la cola. La mujer, por serlo, fue admitida en el clavo; pero el hombre había llegado tarde, y, separado de su compañera, se vio obligado a pasar la noche en las calles.

La calle donde estábamos tenía apenas veinte pies de pared a pared. Las aceras tenían tres pies de ancho. Era una calle residencial. Así lo parecía, pues en las casas de enfrente vivían, mal que bien, familias trabajadoras. Y todos los días, de una a seis de la tarde, la harapienta cola del clavo era lo único que se divisaba desde sus puertas y ventanas. Un trabajador estaba sentado a su puerta enfrente de nosotros, tomando un poco de aire después de la faena del día. Su mujer acudió para charlar con él, pero como el portal era demasiado estrecho para dos tuvo que permanecer de pie. Sus hijos jugaban delante de ellos. Y a unos pocos pies de distancia estaba la cola del clavo, con lo que no había intimidad para el trabajador ni para los indigentes. Los chiquillos del vecindario corrían casi entre nuestras piernas. Para ellos nuestra presencia no era nada extraordinario. No éramos intrusos. Resultábamos tan naturales y corrientes como los muros de ladrillo y los bordillos de piedra de su ambiente. Habían nacido viendo el espectáculo de la cola del clavo, y lo habían seguido viendo durante todos los días de su corta vida.

A las seis la cola se movió y fuimos siendo admitidos en grupos de tres. Nombre, edad, oficio, lugar de nacimiento, estado de indigencia y dónde se había pasado la noche anterior, datos todos ellos que el superintendente tomó con fulgurante celeridad; cuando me retiraba, un hombre me puso en la mano algo que parecía un ladrillo y me gritó al oído:

—¿Llevas cuchillo, cerillas, tabaco?

—No, señor —mentí, como todos.

Mientras bajaba hacia el sótano contemplé el ladrillo que llevaba en la mano y vi que, violentando el idioma, se podría llamar pan. Por su peso y dureza debía ser ácido.

La luz era escasa en el sótano, y antes de que me diera cuenta otro hombre me había puesto una marmita en la otra mano. Entonces entré en otra habitación aún más oscura, llena de bancos, mesas y hombres. El lugar olía a demonios, y la falta de luz y el murmullo de voces que surgía de las tinieblas hacían que semejase una antecámara de las regiones infernales.

La mayoría de hombres tenían los pies cansados, y antes de comer se quitaban los zapatos y los envoltorios que los protegían. Esto aumentó la fetidez y me dejó sin apetito.

Lo cierto es que había cometido un error. Había disfrutado de una excelente comida cinco horas antes, y para poder hacer justicia a los alimentos que tenía ante mí debería haberme mantenido en ayunas durante un par de días por lo menos. La marmita contenía gachas, una mezcla de maíz y agua caliente. Los hombres hundían su pan en montones de sal distribuidos por las sucias mesas. Intenté lo mismo, pero el pan se me pegó a los dientes, y entonces recordé las palabras del Carpintero: «Se necesita una pinta de agua para poder comerse el pan».

Fui hasta un rincón oscuro, siguiendo a otro hombre, y encontré agua. Luego regresé y atacué las gachas. Eran de textura burda, mal cocidas, amazotadas y amargas. Encontré especialmente repulsivo el sabor amargo, que persistía en la boca después de haberlas engullido. Traté de portarme como un hombre, pero me dominaron las náuseas y media docena de cucharadas dieron la medida de mi éxito. Mi vecino de mesa se comió su ración y la mía, rebañando las marmitas y buscando hambriento algo más que comer.

—Me he tropezado con un pijo que me ha pagado un buen almuerzo —me excusé.

—Y yo no he probado bocado desde ayer por la mañana —contestó.

—¿Qué hay del tabaco? —pregunté—. ¿Crees que el tío se mosqueará si enciendo un pito?

—Oh, no. No hay cuidado. Este es un clavo con la manga muy ancha. Tendrías que ver los otros. Te registran hasta debajo de la piel.

Cuando las marmitas quedaron bien rebañadas, la conversación empezó a generalizarse.

—El superintendente de esto siempre está escribiendo en los papeles sobre nosotros —dijo el hombre que estaba a mi lado.

—¿Y qué cuenta?

—Oh, que no servimos para nada, que somos una partida de vagos y sinvergüenzas que no queremos trabajar. Cuenta los viejos trucos que he estado oyendo durante veinte años y que nunca he visto hacer a nadie. Lo último que contó es lo del tío que sale del clavo con un mendrugo en el bolsillo y que cuando ve a un caballero por la calle, tira el mendrugo a la alcantarilla y le pide al caballero su bastón para alcanzarlo. Entonces el caballero le da una moneda.

Una salva de aplausos acogió el viejo chiste, y de la oscuridad surgió una voz irritada:

—Dicen que el campo es bueno para llenar la tripa; me gustaría verlo. Acabo de llegar de Dover y muy poco ha sido el papeo que he conseguido. No te dan un vaso de agua, y mucho menos de comer.

—Hay tíos que nunca salen de Kent —dijo otra voz— y bien gordos que están.

—Cuando vine lo hice atravesando Kent —dijo la primera voz, aún más irritada— y Dios me maldiga si pude ver algo que comer. Y todos los tíos que cuentan cuánto pueden conseguir allí, cuando están en el clavo son capaces de comerse su ración de gachas y la mía.

—Hay tipos en Londres —dijo un hombre que estaba enfrente de mí— que consiguen todo el papeo que quieren, y nunca piensan en irse al campo. Se quedan en Londres todo el año. Ni tampoco se les ocurre buscar un agujero (un lugar donde dormir) hasta las nueve o las diez de la noche. Un coro de voces confirmó esta afirmación.

—Pero esos tipos son muy listos —comentó una voz.

—Claro que lo son —dijo otro—. Los tipos como tú y yo no sabemos hacerlo. Hay que haber nacido. Esos tipos han vendido periódicos y abierto puertas de coches desde que nacieron, y antes que ellos lo hicieron sus padres. Es cuestión de entrenamiento, y los tíos como tú y yo nos moriríamos de hambre.

Un coro de voces confirmó lo que decía, así como que había «tíos que viven los doce meses en el clavo y nunca consiguen otra cosa que no sean gachas y un pedazo de pan».

—Una vez me hice con media corona en el clavo de Stratford —dijo otra voz. Se hizo el silencio y todos escuchamos la maravillosa historia—. Éramos tres partiendo piedras. En invierno y con un frío de no te menees. Los otros dos dijeron que malditos si seguían, y no siguieron; pero yo seguí dándole a mi montón para calentarme. Entonces vinieron los guardianes y encerraron a los otros dos por catorce días, y cuando los guardianes vieron lo que yo había hecho, me dieron una moneda cada uno, y eran cinco, y me dejaron libre.

Descubrí que la mayoría de estos hombres, aunque no todos, detestan el clavo, y acuden a él sólo cuando se ven obligados.

Después del «descanso» se sienten con ánimos para pasar dos o tres días con sus noches en las calles, y luego vuelven para tomarse otro descanso. Naturalmente, esta continua fatiga les mina el organismo, cosa de la que se dan cuenta de manera vaga, porque es algo tan habitual que no le dan mayor importancia.

«Estar en el arroyo» es como se llama aquí el vagabundeo, similar al «estar en la carretera» de Estados Unidos. Todos están de acuerdo en que lo más duro es encontrar cobijo, incluso más duro que encontrar comida. El tiempo inclemente y las rígidas leyes son las responsables de ello, aun cuando los hombres culpen de su situación a la inmigración extranjera, especialmente a los judíos y polacos, que ocupan sus puestos con salarios más bajos y fomentan el trabajo a destajo.

Hacia las siete se nos llamó para bañarnos y acostarnos. Nos desnudamos, envolvimos las ropas en la chaqueta, sujetamos el lio con el cinturón y lo depositamos en un montón en el suelo, un buen sistema para contagiarnos los parásitos. Entonces entramos en el baño de dos en dos. Había un par de bañeras, y hay algo que sé con certeza: los dos hombres que nos precedieron se habían bañado en aquella misma agua, que no fue cambiada para los que nos siguieron. Repito que esto es lo que sé con certeza, pero aseguraría que los veinte nos bañamos en la misma agua.

Me limité a echarme un poco de agua sobre el cuerpo, que me apresuré a secar con una toalla humedecida por los cuerpos de otros hombres. No me tranquilizó ver la espalda de un infeliz convertida en una masa sanguinolenta a causa de los parásitos y de su furioso rascarse.

Me entregaron una camisa —me pregunté cuántos la habrían usado antes que yo— y, con un par de mantas bajo el brazo, me dirigí al dormitorio. Era un cuarto largo y estrecho, cruzado por dos barras de hierro situadas a escasa altura. Entre ambas barras se extendían, no hamacas, sino piezas de lona de seis pies de largo y de menos de dos pies de ancho. Eran las camas, que estaban separadas entre sí por seis pulgadas y a unas ocho pulgadas del suelo. La mayor dificultad consistía en que la cabeza quedaba algo más alta que los pies, lo cual hacía que el cuerpo resbalase constantemente. Al estar sujetas a las mismas barras, cuando un hombre se movía, aunque fuera ligeramente, los demás se balanceaban; con lo cual, cada vez que conseguía endormiscarme, alguien luchaba para recuperar la posición de la que había resbalado y me despertaba.

Pasaron muchas horas antes de que consiguiese dormir. Eran las siete de la tarde, y las voces de los chiquillos que jugaban en la calle no dejaron de oírse hasta cerca de la media noche. Una terrible pestilencia llegaba a marearte, mi imaginación estaba excitada y era tal la repulsión que sentía en mi piel que no conseguía dominar mis nervios. Los gruñidos, gemidos y ronquidos parecían emitidos por un monstruo marino, y varias veces nos despertaron los gritos de alguien afligido por las pesadillas. Amanecía cuando me despertó el peso en el pecho de una rata o de un animal similar. En la rápida transición que va de estar dormido

a despierto, antes de tener completo dominio de mí mismo, solté un grito capaz de despertar a los muertos. En cualquier caso desperté a los vivos, y éstos me maldijeron por mis malos modales.

Pero llegó la mañana. Nos dieron un desayuno consistente en pan y gachas, que yo regalé, y nos fueron asignadas diferentes tareas. Algunos se ocuparon de fregar y limpiar, otros de seleccionar estopa, y ocho cruzamos la calle hasta la Enfermería de Whitechapel, donde se nos puso a trabajar como basureros. Ésta era la forma en que pagábamos las gachas y la lona, y yo, por lo menos, las pagué con exceso.

Aunque realizábamos tareas de lo más repugnante, nuestra misión era la más deseada, y mis compañeros se consideraban afortunados.

—No lo toques, tío, la enfermera dice que es mortal —me advirtió mi compañero mientras vaciaba el contenido de un cubo en el saco que yo sostenía.

Venía de las salas de los enfermos y le contesté que no tenía la intención de tocarlo ni de dejar que me tocara. Sin embargo tuve que llevar aquel saco, y otros muchos, cinco pisos más abajo para vaciarlos en un recipiente en el que su contenido era rociado con un poderoso desinfectante.

Quizás en todo esto existe una sabia piedad. Estos hombres del clavo, del arroyo, de la mendicidad, son un estorbo. No son útiles para nadie, ni siquiera para sí mismos. Alborotan la tierra con su presencia y es mejor quitarlos de en medio. Destrozados por las penalidades, mal alimentados y peor nutridos, son los primeros en ser atacados por las enfermedades, y los que mueren más pronto.

Ellos mismos se dan cuenta de que las fuerzas de la sociedad ayudan a privarles de su existencia. Estábamos rociando el desinfectante junto al depósito, cuando se aproximó el coche mortuorio, en el que fueron depositados cinco cadáveres. La conversación derivó hacia la «poción blanca» y el «black jack» y descubrí que todos estaban de acuerdo en que la persona, hombre o mujer, que diese demasiado trabajo en la enfermería o que se encontrara en las últimas, podía ser «eliminada». Esto es, que los incurables y los excesivamente nerviosos recibían una dosis de «black jack» o de «poción blanca» que les enviaba al otro barrio. No importa lo más mínimo si esto es cierto o no. Lo importante es que ellos tienen la sensación de que lo es y han creado el lenguaje que expresa esta sensación: «black jack», «poción blanca», «eliminación».

A las ocho bajamos a un piso situado debajo de la enfermería, donde nos trajeron té y las sobras del hospital. Estaban amontonadas en una bandeja de una forma que no se puede describir: mendrugos de pan, pedazos de grasa y de carne de cerdo, huesos, en resumen, los restos dejados por los dedos y las bocas de pacientes que sufrían toda clase de males. Los hombres hundieron sus manos en este revoltijo, hurgando, aferrando, manoseando, abandonando, examinando y rebuscando. No era un bonito espectáculo. Los cerdos no lo hubieran hecho peor. Pero aquellos desgraciados tenían hambre y comieron la bazofia vorazmente, y cuando ya no pudieron más envolvieron los restos en sus pañuelos y los guardaron debajo de las camisas.

—La otra vez que estuve aquí me topé allá fuera nada menos que con un montón de costillas de cerdo —me dijo Jengibre. «Allá fuera» era el lugar donde se amontonaba toda aquella corrupción que era rociada con el desinfectante—. Eran de primera, y salí a la calle buscando a alguien a quien dárselas. No vi a nadie y corrí como un loco, con un tío persiguiéndome porque creía que me estaba largando. Pero antes de que me cogiera encontré a una vieja y se las metí en el delantal.

¡Oh Caridad, Oh Filantropía, bajad al clavo y aprended de Jengibre! Estando en el fondo del Abismo llevó a cabo un acto tan puro y altruista como se pueda efectuar fuera del Abismo. Fue maravilloso por parte de Jengibre y aunque la vieja acabara contagiada de algo por aquellas costillas "de primera", la acción continúa siendo maravillosa, aunque un poco menos. Pero lo más notable de este incidente, me parece a mí, es que el pobre Jengibre se volviese "como loco" a la vista de tanta comida desperdiciada.

Es norma en el albergue que quien entre esté allí dos noches y un día; pero yo ya había visto bastante para mi propósito, había pagado por mis gachas y mi lona y estaba listo para huir de allí.

—Vamos, salgamos deprisa—le dije a uno de mis compañeros señalando la puerta por la que había entrado el coche mortuorio.

—¿Y que me echen catorce días? —No, sólo nos damos el piro.

—No, yo he venido a descansar —dijo complaciente y pasar otra noche aquí no me va a hacer ningún daño. Todos compartían su opinión, de modo que tuve que «darme el piro» yo solo.

—Jamás podrás volver—me advirtieron.

—No hay miedo, diablos —contesté con un entusiasmo que no podían comprender; entonces, escabulléndome a través de la puerta, corrí calle abajo.

Fui directamente hasta mi cuarto, me cambié de ropa, y sólo una hora después de mi escapatoria me encontraba en un baño turco, sudando los gérmenes y cualquier otra cosa que hubiese podido absorber mi

epidermis y deseando poder soportar una temperatura de trescientos veinte grados fahrenheit en vez de aquellos doscientos veinte.

## CAPÍTULO X LLEVANDO LA BANDERA

*No quiero tener sacrificado al jornalero por ello. No quiero tenerlo sacrificado a mi conveniencia y por mi orgullo, ni al orgullo y la conveniencia de la gente de mi clase. Tengamos peor algodón y mejores hombres. El tejedor no tendría que verse desposeído de su preeminencia sobre lo que produce.*

EMERSON

«Llevar la bandera» significa pasar la noche caminando por las calles y yo, enarbolando imaginariamente aquel símbolo, salí a ellas con la idea de ver todo cuanto pudiera. Hombres y mujeres recorren durante la noche todas las calles de esta gran ciudad, pero elegí el West End, partiendo de Leicester Square y explorando desde la orilla del Támesis hasta Hyde Park.

A la salida de los teatros estaba lloviendo a cántaros, y la elegante multitud que los abandonaba se la veía y deseaba para conseguir coches de alquiler. Estos inundaban las calles, pero la mayoría ya estaban ocupados, y vi los desesperados esfuerzos de hombres y muchachos harapientos por conseguir cobijo atrapando coches para damas y caballeros. Utilizo la palabra "desesperados" a propósito, ya que aquellos infelices se daban un remojón a cambio de una cama, aunque la mayoría conseguía el remojón y no la cama. Ahora bien, pasar una noche de tormenta con las ropas mojadas, mal alimentado y sin haber probado la carne durante una semana, o un mes, es una de las pruebas más duras que un hombre puede soportar. Bien alimentado y suficientemente equipado, he viajado durante el día con el termómetro de alcohol marcando sesenta y cuatro grados Fahrenheit bajo cero; pensaba que sufría, pero no era nada comparado con pasear la bandera durante una noche, mal nutrido, mal equipado y empapado hasta los huesos.

Las calles quedaron quietas y desiertas cuando los que salían de los teatros se marcharon a sus casas. Sólo se podía ver a los policías, omnipresentes, que dirigían los rayos de sus linternas hacia portales y callejones, y a hombres, mujeres y muchachos protegiéndose del viento y la lluvia bajo las cornisas. Piccadilly, sin embargo, no estaba tan vacío. Sus aceras estaban animadas por la presencia de mujeres bien vestidas y sin compañía, y había vida y movimiento causado por la búsqueda de pareja. Pero a eso de las tres ya había desaparecido la última de aquellas mujeres, y el lugar quedó solitario.

A la una y media había cesado la lluvia y a partir de ese momento sólo cayeron chubascos ocasionalmente. Los sin hogar abandonaron la protección de los edificios y empezaron a andar por todas partes para acelerar la circulación de la sangre y mantenerse calientes.

Horas antes había visto a una mujer ya mayor, de entre cincuenta y sesenta años, que permanecía de pie en Piccadilly, no lejos de Leicester Square. Parecía carecer de la sensatez y la fortaleza necesarias para protegerse de la lluvia o seguir andando, pues estaba allí de pie, estúpidamente, buscando una oportunidad como las que le surgían en tiempos pasados, cuando la vida era joven y la sangre caliente. Pero la ocasión no se le presentaba con frecuencia. Era empujada por cada policía que encontraba, y necesitaba una media de seis empujones para ir de uno a otro hombre. A las tres había conseguido llegar a St. James Street, y cuando el reloj daba las cuatro la vi durmiendo profundamente, apoyada en la verja metálica de Green Park. En aquel momento caía un fuerte aguacero que le atravesaba la piel.

A la una; me dije a mí mismo: Imagina que eres un joven sin un penique que mañana tienes que buscar trabajo en Londres. Es imprescindible, por tanto, que puedas dormir para tener energía suficiente para bajar si es que consigues el empleo.

De modo que me senté en los escalones de piedra de un edificio. Cinco minutos más tarde un policía me observaba atentamente. Como yo tenía los ojos muy abiertos, se limitó a gruñir y siguió su camino. Diez minutos más tarde, cuando yo dormitaba con la cabeza apoyada en las rodillas, el policía me increpó:

—Eh, tú, largo de aquí.

Me largué. Y como aquella mujer, ya mayor, que andaba a trompicones, fui de sitio en sitio, ya que cada vez que dormitaba un policía me ordenaba que me largase. No mucho después, cuando ya había renunciado a sentarme, andaba junto a un joven londinense (que había vivido en las colonias y deseaba regresar a ellas) cuando descubrí un pasadizo abierto que conducía bajo un edificio y se perdía en la oscuridad. Sólo cerraba el paso una verja de hierro de poca altura.























































































































